

aceprensa

MAYO 2022 | Nº 5

El factor religioso en la guerra de Ucrania

Martha Nussbaum: inquietud por ampliar lo humano

Entrevista a Jorge Bustos

Macrotendencias de nuestro tiempo

Autooptimízate y serás feliz... o no



Con el patrocinio de:

METHOS MEDIA

ÍNDICE



6 En portada

El factor religioso en la guerra de Ucrania

Rafael Serrano



Director

Rafael Serrano

Redactor jefe

Juan Meseguer

Edición

Fundación Casatejada

Ilustración de portada

Carlos Alejandro Falco

Impresión

Centro Gráfico Alborada

Depósito Legal

M. 35.855-1984

ISSN

1135-6936

Se distribuye por suscripción.

Se pueden adquirir los derechos de reproducción

mediante acuerdo por

escrito con Acepresa

C/ Núñez de Balboa, 125, 6º A

28006 Madrid (España)

+34 91 235 72 38

hola@acepresa.com

5 Presentación

Rafael Serrano

10 Política

Martha Nussbaum: inquietud por ampliar lo humano

Josemaría Carabante

14 La Entrevista

Jorge Bustos

Álvaro Sánchez León

20 Sociedad

Macrotendencia de nuestro tiempo

Juan Meseguer

23 Autooptimízate y serás feliz... o no

Helena Farré Vallejo

25 Cultura

El invierno llega a Netflix

José María Aresté

28 Arte

Urs Fischer: Lovers

María Molina León

34 Libros - Literatura

Cruces rojas

Adolfo Torrechilla

Roma soy yo

Rafael Díaz Riera

Vivir con nuestros muertos

Reyes Cáceres Molinero

La máquina del amor

sagrado y profano

Diego Pereda

Un abril encantado

Patricio Sánchez-Jáuregui

Una ventana al mundo

y otros relatos

El seductor

Luis Ramoneda

Sinsonte

Luis Daniel González

38 Libros - Ensayo

El gran Estado

Antonio R. Rubio

Las dos caras del liberalismo

Ignacio Álvarez Rodríguez

Prisioneros de la historia

Cristóbal González Puga

El eterno femenino

Ana Rodríguez de

Agüero y Delgado

Refugiados, migrantes

e integración

Josemaría Carabante

La trampa del sexo digital

Lucas Buch

42 Cine

El milagro del padre Stu

Jerónimo José Martín

Cinco lobitos

Ana Sánchez de la Nieta

Arthur Rambo

Claudio Sánchez

Dónde está Anne Frank

Carmen Azpurgua

Un nuevo mundo

Claudio Sánchez

Ennio, el maestro

Daniel Núñez Hernández

46 Series

La edad dorada

Claudio Sánchez

Tribunal de menores

Marta Hernández

Slow Horses

José M. García Pelegrín

49 Escriben en este número



La guerra de Ucrania no es una guerra de religión, pero la religión es un factor en la medida en que está mezclada con el nacionalismo ruso, y porque la invasión ha provocado divisiones entre ortodoxos. Eso es lo que exploramos en el tema de portada este mes.

Es tradición en Aceprensa dar a conocer intelectuales que marcan pauta. La politóloga norteamericana Martha Nussbaum es una de esas personalidades, y por eso ofrecemos una semblanza de su pensamiento.

También Jorge Bustos, periodista y escritor, es alguien a quien conviene seguir la pista; él es el entrevistado en este número. El relato de su trayectoria en el ámbito de las ideas es quizá lo más interesante.

El futuro no está escrito, pero las grandes tendencias ya detectables señalan direcciones de cambio y ayudan a comprender el presente. Algunas que pueden ser más decisivas se reúnen en un artículo que da una visión panorámica.

Otro describe una especie de moda aparecida en el sector de la autoayuda y el *coaching*, que cifra la realización personal en la “autooptimización”.

El reciente retroceso de Netflix da pie al análisis de su caso y de lo que se avecina en la industria del *streaming*, que tuvo una gran expansión en la pandemia pero cuyo mercado comienza a saturarse.

El reportaje de arte está hecho esta vez desde México, donde el artista suizo Urs Fischer ha reunido buena parte del trabajo hecho a lo largo de decenios.

En la sección de libros hay títulos nuevos y otros viejos que han sido recuperados. Hay desde una novela histórica sobre Julio César a un ensayo sobre el empeño *woke* por eliminar monumentos históricos.

Algunas películas y series seleccionadas abordan problemas actuales, como las dificultades de los padres jóvenes, la “cancelación” de una celebridad en las redes sociales o el drama de alguien presionado para que entregue su vida al trabajo.

Así es la revista de mayo. Feliz lectura.

A handwritten signature in black ink that reads "R. Serrano". The signature is written in a cursive, slightly slanted style. Below the signature is a horizontal line.

Rafael Serrano

Director



El presidente ruso Vladímir Putin en la celebración de la Pascua de 2021 en la catedral de Moscú (foto: kremlin.ru)

EL FACTOR RELIGIOSO EN LA GUERRA DE UCRANIA

por Rafael Serrano

El Patriarca de Moscú Kirill bendice la invasión de Ucrania y la presenta como una especie de cruzada moral. El presidente ruso Vladímir Putin asiste a ceremonias religiosas, como en la reciente Pascua, favorece a la Iglesia ortodoxa y se ve a menudo con Kirill. Entre los dos líderes hay una clara sintonía, pero, más que en lo propiamente religioso, coinciden en el nacionalismo ruso.

Putin ha peregrinado al monte Athos, se ha bañado en un lago helado en la fiesta de la Epifanía, entre otras manifestaciones públicas de devoción. Muchos se preguntan si su religiosidad es una convicción personal o una táctica. Se sabe que su madre lo hizo bautizar en secreto, y que él conserva la cruz bautismal que le dio. Dijo en una ocasión que “hoy no es posible tener una moral separada de los valores religiosos”; pero nunca ha querido hablar de su fe. Según Michel Eltchaninoff, autor de *En la cabeza de Vladímir Putin*, fuentes eclesiásticas dicen que el presidente no es especialmente religioso.

De todas formas, lo principal es el papel de la religión no en su vida personal, sino en su proyecto político. Y en este campo, la religión ha ido cobrando importancia. Putin

no deja de subrayar los “valores espirituales y morales de Rusia”, dice Kathy Rousselet, de la *grande école* francesa “Sciences Po”, en un artículo para la revista *Études* (mayo 2018). Pero, señala, el presidente habla de *espiritualidad* “en sentido más moral y cultural que religioso”: como la base de una comunidad política fuertemente cohesionada, en contraste con la disolución social y moral de Occidente, que es uno de sus temas recurrentes. La Iglesia ortodoxa es favorecida, pero —advierte Rousselet— también instrumentalizada para la renovación de la sociedad que pretende Putin.

El “mundo ruso”

Esta idea de la decadencia occidental le ha ganado simpatías en

el mismo Occidente, entre quienes también lamentan el alejamiento de los valores humanistas, morales y cristianos en las sociedades opulentas. Es más explicable aún que encuentre eco en Rusia, tras la experiencia de los tiempos de Borís Yeltsin, años de capitalismo salvaje, enriquecimiento descarado de unas élites que se repartieron el patrimonio estatal privatizado, fuerte aumento de la desigualdad, materialismo rampante. Aquello dejó en muchos un vivo rechazo al orden liberal, no solo entre nostálgicos del comunismo, sino también entre quienes esperaban el florecimiento de la libertad, como muestra Svetlana Alexiévich con las conversaciones reunidas en *El fin del homo sovieticus*. Putin, dice Rousselet,

opone los valores rusos a “los valores occidentales que cundieron en Rusia en los años noventa y que destruyeron la unidad espiritual de la sociedad”.

Putin “puso orden” y también dio esperanza a los que añoraban la antigua grandeza rusa, desaparecida con la desmembración de la Unión Soviética. En 2007, señala Youness Bousenna en un análisis de la cosmovisión putiniana publicado en *Le Monde* (8-04-2022), Putin creó un lema que sería capital: “mundo ruso” (*russki mir*). A los pocos años, tras su elección como Patriarca en 2009, Kirill comenzó a utilizar la misma expresión.

Originalmente, uno y otro no entendían el “mundo ruso” del mismo modo. Kirill se refería a un ámbito religioso supranacional reunido en torno a la Iglesia ortodoxa rusa. Por su parte, Putin, aunque señala la ortodoxia como uno de los “fundamentos espirituales” del “mundo ruso”, concibe este en términos principalmente históricos, culturales y políticos. De hecho, en su “mundo ruso” incluye el islam –el credo del 7% de la población de Rusia–, para asumir positivamente una parte de la historia rusa –la dominación tártara y mongola entre los siglos XIII y XV–, y para subrayar su concepción euroasiática, otro punto de distinción y oposición a Occidente.

Kirill se pasa a Putin

Putin invocó el “mundo ruso” para justificar la anexión de Crimea y el apoyo a los separatistas prorrusos del Donbás en 2014. Pero ese no era aún el “mundo ruso” de Kirill, que rehusó la

invitación a asistir a la ceremonia de incorporación de Crimea. No quería provocar fricciones con la Iglesia ortodoxa ucraniana.

El nacionalismo de Putin se apoya en la idea de que Rusia es una civilización propia y en la oposición a Occidente

Todo cambió a finales de 2018, cuando el Patriarca ecuménico de Constantinopla, Bartolomé, concedió la autocefalia (independencia con respecto a otro patriarcado) a la Iglesia de Ucrania. Ello supuso formalizar la división de los ortodoxos ucranianos, entre los partidarios del Patriarcado de Moscú y los que querían independizarse de él. Kirill rompió con Constantinopla y se adhirió al proyecto de Putin. Desde entonces, la cercanía entre ambos es más clara.

Al fin y al cabo, los dos “mundos rusos”, el del Patriarca y el del presidente, se extienden al mismo territorio y tienen las mismas bases históricas, culturales y espirituales.

Nacionalismo

Ahora bien, sigue siendo cierto que en el “mundo ruso” de Putin, la religión entra en cuanto componente de la identidad rusa, y el núcleo esencial es el nacionalismo. Es una visión en

el fondo muy tradicional, que tiene dos pilares. Uno es la convicción de que la nación rusa constituye una civilización propia y debe tener la hegemonía en su extenso ámbito (el del antiguo imperio ruso, continuado por la URSS). El segundo es la contraposición a Occidente, que procede de los antiguos eslavófilos, para quienes la asimilación sería la disolución de lo ruso.

A ese nacionalismo se supedita todo. Para Eltchaninoff, Putin, “en el fondo, practica un imperialismo a la carta; según las circunstancias, invoca la nostalgia de la URSS, principios religiosos, la rusidad, la lengua rusa, el proyecto euroasiático...”

Aunque Putin entiende por imperialismo la expansión de la OTAN, no su proyecto nacional. El “mundo ruso” es un espacio étnico, cultural, lingüístico, religioso, histórico, espiritual... Todo lo ruso ha de estar, si no dentro de las fronteras de la Federación Rusa, al menos en la esfera de influencia de Moscú y bajo su tutela. Los gestos hostiles de la Ucrania independiente hacia Rusia y la minoría rusa, como la supresión del idioma ruso en la enseñanza, han ido endureciendo la posición del Kremlin.

Pero la invasión no es, a ojos de Putin, contra un enemigo exterior sino contra unos “traidores” o “infiltrados” (nazis los llama), como mostró en las razones alegadas para ordenar la que denomina “operación especial” (ver “Historia y geopolítica: las razones de la invasión rusa de Ucrania”, de Antonio R. Rubio, Aceprensa, marzo 2022). Para Putin –como para Kirill y aun para la generalidad de los rusos–, Ucrania nunca ha sido

realmente otro país, sino parte de Rusia. En palabras del historiador Antoine Arjakovsky en *La Croix* (2-03-2022): “Los habitantes de la Rus del Norte (la que después sería Rusia) nunca han visto en Ucrania (la Rus del Sur) una identidad nacional específica distinta de la suya”.

Divisiones entre ortodoxos

Pero de hecho se ha producido un distanciamiento de Rusia entre la población ucraniana no rusa, lo que se nota también en el aspecto religioso. Rusia y Ucrania comparten en gran parte la misma fe, el cristianismo ortodoxo, que es la confesión de casi tres cuartas partes de los habitantes en ambos países (en Ucrania hay además un 14% de greco católicos). Lo que no hay es unidad eclesial. Según una encuesta de 2019, los ortodoxos de Ucrania se dividen en un 44% de fieles de la Iglesia autocéfala, un 15% de fieles de la Iglesia dependiente del Patriarcado de Moscú, y un 38% que no se definen. La guerra ha ahondado la división.

Algunas parroquias ucranianas se han pasado del Patriarcado de Moscú al de Kiev, incitadas por la invasión rusa y por el silencio de los obispos, que no se han pronunciado contra ella, según el *New York Times* (18-04-2022). Se han publicado manifiestos contra la postura y las tesis de Kirill. Uno, internacional, que han firmado ya más de 1.300 profesores y teólogos ortodoxos, rechaza la doctrina del “mundo ruso”: la califica de herética por pretender suplantarse el reino de Dios con un reino temporal. Otra declaración, promovida en Ucrania por el

arcipreste Andriy Pinchuk, también la considera una herejía y condena a Kirill por “bendecir la guerra contra Ucrania y respaldar sin reservas las acciones agresivas de las fuerzas rusas”. Se han adherido unos 400 sacerdotes ucranianos. También hay una petición de unos 300 sacerdotes ortodoxos, la mayoría en Rusia.

Dos declaraciones de ortodoxos han condenado como herética la doctrina del “mundo ruso”

Han aparecido igualmente divisiones entre las Iglesias ortodoxas de los otros países, que se han pronunciado sobre la guerra según cómo son sus relaciones con el Patriarcado de Moscú. Bartolomé ha condenado la invasión rusa con términos enérgicos, y en esto le han seguido otros patriarcados como los de Grecia, Rumanía o Alejandría. En cambio, las Iglesias próximas a Moscú, aunque deploren la guerra, se han abstenido de hacer reproches a Rusia: tal es el caso de los patriarcados de Serbia, Albania, Jerusalén o Antioquía.

Freno al ecumenismo

El ecumenismo es otra víctima de la guerra. Las relaciones de la Santa Sede con el Patriarcado de Moscú, siempre

complicadas, habían mejorado lentamente y registraron un avance importante en 2016, con la primera entrevista entre un Patriarca y un Papa, cuando Kirill y Francisco se reunieron en La Habana el 12 de febrero. Se preparaba el segundo encuentro entre ambos para el próximo junio en Jerusalén. Pero la Santa Sede ha decidido suspenderlo, según anunció el Papa en una entrevista para el diario argentino *La Nación* del 22 de abril. “Una reunión de los dos en estos momentos –dijo Francisco– podía prestarse a muchas confusiones”.

Ya desde que comenzó la invasión no se vio mucho entendimiento entre ambos en torno a la guerra. Las declaraciones públicas de uno y otro contrastan claramente, y tras su conversación por videoconferencia del 16 de marzo, el Patriarcado y la Santa Sede publicaron comunicados notablemente distintos. El de Moscú era genérico, mientras que el de Roma reiteraba expresiones más claras empleadas por Francisco: que la Iglesia no debe adoptar un lenguaje político, o que las guerras son injustas.

Por otro lado, el Patriarcado de Moscú, desde 2018 no participa en el órgano de diálogo teológico católico-ortodoxo. Se retiró no por fricciones con la Iglesia católica, sino por una cuestión intraortodoxa: se opone al puesto preferente que ocupa la representación de Constantinopla en las reuniones.

Se diría que, así como Putin quería parar la expansión de la OTAN y casi está provocando lo contrario, Kirill buscaba la reunificación de la Iglesia de Ucrania con su Patriarcado y empieza a encontrar más secesión. ■

MARTHA NUSSBAUM: INQUIETUD POR AMPLIAR LO HUMANO

por Josemaría Carabante

La trayectoria de la filósofa Martha Nussbaum (Nueva York, 1947) siempre ha transitado por caminos intermedios, como si su intuición principal hubiera sido la de evitar los extremos y las exclusiones, decidiéndose por el equilibrio. Deplora la unilateralidad y se ha destacado por una mirada inclusiva sobre la condición humana.

Así, por ejemplo, aunque ha defendido con firmeza los valores modernos y el universalismo liberal, es consciente de que las sociedades están preñadas de historia, de modo que las formas de vida aparecen siempre entremezcladas con la contingencia y la pluralidad.

De igual manera, esta pensadora tan apasionada por el mundo clásico como para reivindicar el legado de Aristóteles, de Séneca o Cicerón, no ha podido obviar los logros de la Ilustración, ni ha pasado por alto que la razón está, como una isla, en medio del océano proceloso y exuberante de las emociones. Por eso, lo que amamos, respetamos o despreciamos constituye una luz –o acaso una sombra– que ilumina –o nubla– el paisaje del mundo, determinando las decisiones éticas.

Dicho de otro modo: no hay contradicción entre razón y

emoción porque nuestras valoraciones poseen pretensiones cognitivas. Al fin y a la postre, nos explica Nussbaum, las emociones son “respuestas inteligentes a la percepción del valor” y hay que tenerlas en cuenta si aspiramos a lograr bienes humanos.

Ver lo invisible

Las emociones son las puertas por medio de las cuales captamos valores o disvalores. Como una lupa, posibilitan vislumbrar detalles no alcanzados por el uso exclusivo y parcial de la razón. Si Nussbaum ha explorado este campo –hasta hace muy poco desatendido por los filósofos– ha sido porque entiende que la emotividad es una fuerza capaz tanto de promover la igualdad como, por desgracia, de rehabilitar violencias y perpetuar discriminaciones, como estudia en su obra *Emociones políticas*.

No es de extrañar que esta profesora de Ética y Filosofía del Derecho de la Universidad de Chicago haya seguido la línea abierta por Rousseau sobre la compasión para abordar el problema de la justicia social. Compadecerse del que sufre es, además de una exigencia moral, un deber político. La compasión creativa nos capacita para comprender a quien sufre y nos compromete con su suerte, despertando una fraternidad dormida y conminándonos a la acción benévola.

Si tuviéramos que destacar una contribución de Nussbaum sería la de llevar hasta el extremo este deber humano de compasión. Es esta la que late en su irrenunciable vocación por el universalismo y la aleja de los pensadores posmodernos. Es una humanista dispuesta a reconocer dignidad donde menos lo esperamos. En verdad, y a diferencia de las emociones segregadoras, como la vergüenza o el asco, la compasión nos conecta con la especie. Bien institucionalizada, la mirada compasiva identifica injusticias ocultas y hace posible reconocer a quienes, por desgracia o exclusiones sistémicas, ejercen en la historia el papel de víctimas.

También la compasión explica el compromiso cívico de esta intelectual acostumbrada a remangarse en las contiendas de hoy, como el género o, más recientemente, la condición de los animales. Con una concepción cósmica de textura estoica, entiende que todo lo natural es digno de respeto, de admiración, y que el horizonte que



constituye la humanidad siempre está desplazándose, en un movimiento casi indefinido, y cada vez más abarcador.

Felicidad frágil

En retrospectiva, y con independencia de la retahíla de premios y distinciones que ha merecido, esta pensadora ambiciosa tiene en su haber varios logros filosóficos, entre los cuales merecen destacarse tres. En primer lugar, ha conseguido devolver vigor a la reflexión moral y política, situando en el centro del debate contemporáneo una pregunta que, debido a la quimera kantiana sobre el deber, había desaparecido: la cuestión por la vida buena.

No es que Nussbaum crea que hay una naturaleza humana inalterable o admita esencias metafísicas; tampoco propone una concepción comprensiva acerca de la persona. No renuncia al pluralismo liberal, por decirlo así. Pero sí que, frente a los que suscriben una neutralidad absoluta y dogmática, apunta que, desde un punto de vista empírico, las diferentes nociones sobre lo humano convergen en determinados bienes o aspiraciones. O sea: es imposible decir qué vida es óptima, pero no podrá serlo la del individuo que no disfrute de agua potable o esté condenado al analfabetismo.

Por eso, en segundo lugar, hay que destacar el hecho de

que Nussbaum, más allá de las fronteras culturales, entienda que hay valores como la dignidad o la libertad que deben ser rescatados e implementados en todos los lugares del mundo. Su apuesta por una solidaridad universal en su libro *La tradición cosmopolita* —donde se muestra fiel al ideal estoico— ha recibido mucha atención en el debate contemporáneo a causa del reciente repliegue de la globalización. Tanto la compasión como la idea de ciudadanía común se basan en la constatación de la igualdad entre las personas.

En tercer y último término, desde sus inicios, Nussbaum ha indagado sobre la vulnerabilidad humana. En este sentido, la obra que la lanzó al estrellato

to, *La fragilidad del bien* (1986), aborda la importancia de la suerte y el contexto material en el florecimiento de lo humano. El diálogo que mantiene con la tradición clásica, especialmente los grandes trágicos y Aristóteles, le sirve para revelar que la felicidad es un bien antojadizo, voluble, inseguro y frágil y que, además de la forja del carácter o la virtud, existen bienes externos ineludibles para la dicha.

Las condiciones de una vida buena

Hay, pues, “una brecha entre ser una persona buena y gozar de una vida humana floreciente”, explica. Y esta constatación es la que fundamenta uno de sus proyectos teóricos más ambiciosos. Nos referimos a su teoría de las capacidades, mediante la cual, y en colaboración con el Premio Nobel de Economía Amartya Sen, trata de concretar qué significa exactamente llevar una vida digna.

El enfoque de Nussbaum ha sido relevante, marcando un antes y un después en la lucha contra las desigualdades económicas en el campo moral. A su juicio, la economía del desarrollo no se tiene que basar en cálculos macroeconómicos, ni en ideales abstractos de una justicia universal. Tampoco debemos centrarnos en el reconocimiento de los derechos humanos. Lo que resulta imprescindible es satisfacer necesidades que posibilitan el desarrollo de la persona, en toda su extensión.

Partiendo de que cada individuo es un fin en sí mismo y de que hay condiciones básicas para el despliegue de las potencialidades humanas, Nussbaum,

Una gran contribución de Nussbaum es llevar hasta el extremo el deber humano de compasión

con arrojo, ha concretado una lista de “capacidades” irrenunciables, sin las cuales nadie puede realizarse.

Las capacidades son un mínimo: una exigencia tanto moral como política, y universalmente vinculante. “Toda sociedad debe garantizar a todos los ciudadanos —explica la propia Nussbaum— un conjunto básico de oportunidades para funcionar en ciertas esferas fundamentales de la vida humana que, con toda probabilidad, demostrarán ser importantes para cualquier persona”.

Pobreza moral

Con el elenco de capacidades que propone, la autora de *Las fronteras de la justicia* muestra que, además de miseria económica, hay una pobreza cultural y ética contra la que debemos luchar. Desde este punto de vista, amplía la idea de calidad de vida, dotándola de contenido, de sustancia, puesto que, en una sociedad en la que no se garanticen, no puede brotar felicidad alguna. Por decirlo de un modo más claro: hay prerequisites materiales y morales sin los cuales difícilmente podríamos calificar una existencia de humana.

Entre las diez capacidades que Nussbaum identifica se encuentran la vida, la salud, la integridad corporal, pero también la capacidad de cultivar el pensamiento, ejercer la libertad moral, exigencias de respeto y afiliación, cierto grado de control sobre el entorno y la posibilidad de establecer relaciones con la naturaleza y otras especies.

El enfoque de las capacidades transforma la concepción de la justicia social. De las diez facultades que detalla derivan los derechos y las libertades fundamentales. También esas capacidades delimitan la extensión del poder político.

Algunos autores han cuestionado la lista, pero hay que valorar la valentía de la pensadora americana, su capacidad para generar debate y su obsesión por evitar que la lucha por una sociedad más justa se desarrolle en un plano meramente teórico. Lo que le interesa no es pensar qué es lo justo, sino contribuir a un mundo donde la justicia aspire a realizarse.

Nussbaum cree que la constatación de la vulnerabilidad del otro —del más cercano, pero también de quien vive lejos, pero dentro de la cosmópolis humana— reclama tomar partido. A este respecto, ha sido crítica con el liberalismo de Rawls y su teoría de la justicia, estimando que su propuesta contractualista resulta excluyente y no tiene en cuenta ni a seres humanos con necesidades especiales ni los deberes de cuidado hacia otras especies.

Imaginación literaria

Pero ¿qué es lo que tienen los ensayos de Nussbaum para con-

vertirse en auténticos *best sellers*? A pesar de que muchos de ellos se acercan al millar de páginas y abordan problemas especializados, son muy atractivos porque siempre acude a las grandes obras de la literatura para dilucidar dilemas morales. En su opinión, los límites de la moral únicamente pueden vadearse a través de la imaginación, y la literatura —la buena— nos ejercita en la solidaria tarea de aproximarnos a quien es diferente.

Los grandes hitos de la cultura, desde Sófocles a Dickens, entrenan la simpatía y afinan nuestra sensibilidad moral a través de la imaginación. Nussbaum sostiene que, para la política y el derecho, es más importante el estudio de las novelas clásicas que la memorización de las normas o las estrategias partidistas.

Al hilo de ello, la filósofa ha mostrado creciente preocupación por el desprestigio de las humanidades. Ha llegado incluso a calificar su paulatina desaparición como una crisis “gigantesca y de enorme gravedad a nivel mundial”. El economicismo utilitarista, el interés por la rentabilidad y la obsesión por la ciencia aplicada están desbancando a las disciplinas humanísticas, con el consiguiente perjuicio moral y político.

Las humanidades estimulan el pensamiento crítico, la imaginación, el compromiso cívico y fomentan la búsqueda del desarrollo humano. Gracias a ellas, como hemos visto, se cultiva la empatía necesaria para unir nuestro destino con el de quienes nos rodean, por lo que resultan fundamentales para la democracia.

En *Sin fines de lucro*, uno de sus ensayos más celebrados,

Nussbaum afirma que la educación liberal prepara para asumir responsabilidades cívicas y que los jóvenes “deben educarse para ser participantes en una forma de gobierno que requiere que las personas se informen sobre las cuestiones esenciales que deberán tratar”. Con todo, más allá de la función política que pueden desempeñar los saberes humanísticos, son capitales “sobre todo, para dar sentido a nuestra vida”.

Últimos debates

Sería difícil repasar en detalle la obra de una autora con cultura tan vasta e intereses tan variados. Ha tenido tiempo de aportar su granito de arena siempre que se le ha requerido y, junto a sus trabajos más académicos, ha escrito en prensa para divulgar sus ideas o defender sus convicciones. No se ha obcecado, sin embargo, en sus tesis, y en una trayectoria tan larga ha podido matizar o cambiar determinados puntos de vista.

Sin ser radical, ha defendido un feminismo de corte igualitarista en consonancia con su interés por ampliar los contornos de la lucha por una existencia digna. Públicamente se ha mostrado enemiga de la pornografía, ya que entiende que la primera lección de la ética es evitar la cosificación de las personas.

En su último ensayo, *Ciudades de la soberbia*, combate el narcisismo masculino que está detrás de la objetivización de la mujer. Es la masculinidad tóxica lo que ha multiplicado los casos de abuso y devaluado la sexualidad femenina. En el ensayo, aunque cree que el *Me Too* ha puesto de manifiesto abusos latentes,



también explica que puede conducir a la humillación pública del varón. En su opinión, para proteger la igualdad, la lucha contra los delitos sexuales debe canalizarse judicialmente.

Ahora bien, no se opone a la legalización de la prostitución porque opina que criminalizar su práctica supondría desconocer que muchas mujeres se ven obligadas a venderse urgidas por la necesidad económica.

Con 74 años, en un diálogo con Saul Levore, abogado y economista, ha reivindicado la vejez como una etapa de la vida rica y llena de experiencias. En *Envejecer con sentido*, publicado hace cuatro años, asegura que la cultura actual está infecta de estereotipos muy negativos sobre los ancianos y que es necesario revalorizar la vejez. Ella sigue en activo y, como siempre, está inmersa en miles de proyectos. “No tengo planes de jubilación”, afirma esta pensadora multifacética, sugerente e independiente que no ha dejado de interesarse por los caminos que conducen a la plenitud humana. ■

JORGE BUSTOS

“LA MADURACIÓN CONSISTE EN CAMBIAR”

por *Álvaro Sánchez León* | @asanleo
Fotos: *Santi G. Barros*

Jorge Bustos (Madrid, 1982) es “un escritor metido a periodista” o, como dice Juan Soto Ivars, “un poeta que le alquila la pluma a los periódicos”.

Desde 2017 es el jefe de Opinión de *El Mundo*. Columnista. Reportero, cronista, entrevistador, multiusos de ocasión. Sus letras comparten un universo clásico de pensamiento y literatura absorbido desde niño con fruición y una mirada cada vez más antropológica y pantónica del querido presente imperfecto que vivimos.

Su primer escalón en el gremio fue Aceprensa. “Cuando tenía 18-19 años, me fichó Adolfo Torrecilla para hacer críticas de novela y, después, de ensayo. Le tengo mucho cariño a esta casa. Fue una buena escuela”.

Licenciado en Teoría de la Literatura. Filología clásica. Su romería de medios escritos: *Estrenos 21*, *El Distrito*, *La Gaceta de los Negocios*, *Época*, *El Cultural*, *El Mundo*, y colaboraciones en *Zoom*

News, *Jot Down*, *Nueva Revista...* Multimedia: con Carlos Herrera en COPE desde 2015 y habitual en las tertulias de La Sexta y Telectinco.

Un “escritor metido a periodista” que mueve el balón con soltura. Su portería: la novela. “Igual fracaso estrepitosamente, pero quiero darme esa experiencia. Algunos escritores que respeto me han dicho que tengo un narrador dentro, así que espero que el periodismo me deje salir de la primera línea de fuego para explorar esa capacidad”.

Ideas y estilo. Pluma y *background*. Regateo. Ágil. Pulido. Chulapo. Sentencias, florituras y cada vez más sonrisas de conocimiento propio ante el espejo y ante las gradas. Fútbol y esgrima. Sujeto con verbo extenso y

predicado creciente. Madridista. Justo entre la liga nueva y el cielo abierto de la final de la Champions en París, hablamos sobre el tiki-taka de las ideas contemporáneas muy cerca de Sabatini.

Como jefe de Opinión de un periódico como *El Mundo*, ¿qué temas ves que te interesan, que predominan, que son novedosos, que te inspiran de la actualidad?

Es evidente que vivimos una época de decadencia general, pero, si miramos bien, también de renacimiento en algunas áreas. Me gustaría no perderme en ninguno de estos dos enfoques. Si te digo la verdad, empieza a pesarme la jefatura de Opinión de *El Mundo*. Estoy muy agradecido y orgulloso, pero es un cargo coyuntural



“La influencia es que tu voz sea autorizada, porque te has ganado el derecho a ser escuchado”

en mi trayectoria que jamás pedí y que considero una etapa cumplida, de alguna forma. Este puesto no me define. Es una etiqueta puramente efímera y pasajera. Yo soy un escritor metido a periodista. Soy un escritor de periódicos, y espero que cada vez más de libros. Y, quién sabe, quizá el día de mañana lo sea también de guiones. Sí me define *El Mundo*, porque es el periódico liberal que me ha acogido y me ha enriquecido mucho. Estoy muy feliz ahí. Es mi sitio. Pero los cargos solo gustan a los horteras y a los que no tienen ambición creativa, y yo no soy un sacerdote. Aspiro a ser un artista. Para que te atraiga un puesto directivo te debe enganchar el poder, y a mí lo que me gusta es la influencia. El poder me aburre, porque está lleno de mediocridad y de pasiones bajas.

En este mundo de influencers muy volátiles, ¿qué influencia te atrae?

La influencia consiste en desenmascarar la mentira y que la gente entienda que tus opiniones conllevan la lucidez suficiente como para darse cuenta de que estaban comprando relatos falsos sobre la actualidad. La influencia es que tu voz sea autorizada, porque te has ganado el derecho a ser escuchado. Con tus fallos y con tus días malos, se te reconoce una

continuidad y una estabilidad en el valor de tu opinión. La mejor manera de demostrar que eres influyente es que los rivales te confiesen de forma discreta que te siguen e, incluso, que los “tuyos”, entre comillas, se cabreen porque no eres todo lo “suyo” que les gustaría.

¿Cuál es tu retrato impresionista de la sociedad española?

No creo que la sociedad española esté al margen de la occidental. No presenta rasgos particularmente específicos. Tenemos los problemas, los vicios y las inercias de cualquier sociedad democrática de principios del siglo XXI. Incluso en algunos aspectos estamos mejor que, por ejemplo, los campus americanos donde se ha impuesto la cultura de la cancelación. Aquí, por fortuna, pese al entusiasmo de algunos por censurar, tanto en la izquierda como en ciertos sectores de la derecha, hay una saludable anarquía, que casa con nuestra tradición mediterránea, y que nos ayuda a gozar, todavía, de amplias cotas de libertad, pese al Gobierno y algunas instancias de la sociedad civil, que se agrupa para perseguir a los herejes. Sí, convivimos históricamente con una cierta pulsión inquisitorial, pero no mucho más que en sociedades de tradición protestante. En realidad, el deseo de que el prójimo te obedezca y de ser el caudillo de tu vecino está en todos los seres humanos. Debe de ser algo muy profundo de nuestra naturaleza que arrasamos desde que éramos monos. El liberalismo es una sofisticación del pensamiento que nos lleva a la libertad, pero la libertad no es la tendencia natural, porque el hombre tiende a la servidumbre.

La libertad es costosa.

Hacerte responsable de tus decisiones es muy doloroso. Por eso un partido liberal no puede ganar nunca las elecciones, porque dice a la gente: “El responsable de tus fracasos no es el capitalismo, ni la inmigración, ni la Agenda 2030, ni el Foro de Davos, sino tú”. En una dictadura no puedes decir eso, porque se buscan chivos expiatorios, pero en una democracia, con sus fallos, porque seguramente hay mecanismos de redistribución y de igualdad que deben mejorar en la democracia española, hay un alto porcentaje de nuestras vidas que está en nuestras manos.

Servidumbre, inquisición, chivos expiatorios... ¿Cómo ves la prensa?

La prensa lleva siendo un chivo expiatorio desde el siglo XVIII. Desde que los periódicos tienen línea editorial y los periodistas cuentan con intereses legítimos ideológicos, defienden posturas encontradas y apoyan o critican fuerzas políticas cuando no son suficientemente afines, la prensa ha estado en el objetivo de quienes no entienden la libertad. ¿Qué ha cambiado ahora? Que Internet le ha dado la gente la ilusión, que es una ficción, de que sus voces están igual de autorizadas para ejercer el periodismo. Oímos cómo se extiende ese mantra populista de “esto no lo verás en los medios” o “esto no se atreverán a contártelo, porque todos están comprados”. Es un truco muy barato de personas que, en realidad, aspiran a lo que hacen los medios tradicionales.

Mi experiencia es que todo el que ha tenido éxito en un blog, en

las redes sociales, o en YouTube, lo que persigue es encontrar asiento en un periódico, una radio o una televisión convencionales. Los medios tradicionales siguen siendo la referencia del periodismo, que también es un poder envidiado. El periodismo es talento, trabajo, formación, cultura, un poco de suerte, y que la gente te conceda autoridad. El periodista que llega de rebote no se mantiene, porque la carrera del periodista la mantiene el público. Si te has ganado la confianza, tendrás una carrera larga. Si no has acreditado tus virtudes para que tu palabra influya, durarás poco en el oficio.

Los atajos tienen las patas muy cortas. Irrumpir es fácil si te acredita el éxito en las redes, protagonizas un golpe de suerte, vendes teorías de la conspiración y azuzas *fake news* llamativas, pero consolidarse depende de otras cosas. Aquí no hay secretos. Si no dices la verdad, no tienes talento, no escribes y comunicas bien, caducarás pronto. El tiempo descubre la verdad de cada uno, tanto en el periodismo, como en todo. La perseverancia es el fruto del trabajo y la disciplina. Ahora la vista se nos va hacia la cultura del pelotazo, pero yo no creo en eso. Quien se autoproclama profeta en cualquier aspecto de la vida sin una verdad detrás, cae en el descrédito.

Sobre el Busto que escribió *Crónicas biliares*, dices: “Tenía 25 años. Probablemente, si hubiera perseverado en ese corpus, sería un precursor de Vox. Pero luego crecí, maduré, viajé. Y, sobre todo, es que no me había tomado muy en serio mis ideas en ese libro. La vida te va llevando”. ¿Cómo se conjuga crecer, madurar, no tomarse en serio y dejarse llevar sin convertirse en un oportunista de ocasión?

La idea es dejarse llevar por las verdades que la vida te va revelando, no por el contexto. Yo era un chaval muy libresco, muy ideologizado, muy poco vivido, e intentaba que este mundo enorme, complicado, mestizo, difícil y lleno de matices encajara en mi estantería mental de Ikea, cutre y cuadrículada. Tenemos dos opciones: pasarnos la vida pegando martillazos al mundo para que quepa en nuestras categorías o tirar la estantería, vivir, cuestionarlo todo, incluidos los dogmas y las herencias, pero no por rebelión, sino por afán de conocimiento. ¿Qué parte es verdad? ¿Con qué me quedo? Eso lo salvo. ¿Qué es mentira? ¿Qué me jibariza la cabeza y me oculta océanos enteros por descubrir? Pues eso, ¡fuera! La persona que tiene las mismas ideas desde los quince hasta los ochenta años es un tarugo, un zoquete, un anélido, un ser irrelevante, un molusco... Cambiar es compatible con resguardar nuestros principios, pero las ideologías son ataduras. Uno se va dando cuenta de eso cuando lee libros, viaja, se roza con gente distinta, tiene amigos de todo tipo... La maduración consiste en cambiar.

Hay progresistas autoproclamados que son auténticas beatas del siglo XIX que persiguen el placer y la feminidad con un palo de escoba mientras sojuzgan la vida, y hay conservadores que votan partidos conservadores, que son auténticos vanguardistas del pensamiento. La vida te enseña que las etiquetas hay que enterrarlas. Los bandos me aburren, porque todo es más complejo y todo requiere mucho matiz. Con los años, aprendes que existen personas que profesan las mismas ideas políticas que yo, en teoría, que son deleznable, y rojos

“La carrera del periodista la mantiene el público. Si te has ganado la confianza, tendrás una carrera larga”

peligrosísimos que son maravillosas personas. La ideología es un timo.

“La maduración consiste en cambiar”...

De pequeño fui un fanático del dogma, pero ahora me muevo con alegría en la incertidumbre. Me gusta la herejía, el matiz, desconcertar al que te encasilla... Aprendes que hasta el relativismo tiene cosas estupendas, como la tolerancia, y creo que existen la verdad y la mentira, y los sexos, y la belleza... No se trata de ampararse en la equidistancia, sino de madurar una cierta sabiduría.

De niño, dices, eras un dogmático. Ahora, destacas, eres un liberal ácrata. ¿En ese trayecto hay, también, una manera diferente de entender la religión?

En mi formación, como en la de tantos jóvenes de familia conservadora, católica, practicante, quizá el acceso al pensamiento sobre la propia religión estaba demasiado mediatizado por las propias normas formales de la religión organizada. Un católico inteligente y leído tiene que reflexionar fuera de los devocionarios y de la piedad más popular. Debe profundizar sobre la tradición a la que pertenece, que es la que

ha hecho Europa y España. Hay grandes escritores ateos con una capacidad de penetración en el fenómeno religioso mucho mayor que la de algunos católicos devotos que cumplen todas las reglas. A mí no me interesa la formalidad religiosa.

Yo no escribo para católicos. Yo escribo para que los que no son católicos redescubran la tradición a la que pertenecen, crean o no crean. Me interesa que se entienda que la tradición católica está contaminada, en el mejor sentido, de paganismo grecolatino, de judaísmo y de filosofía ilustrada... El cristianismo ha engendrado, también, su negación, cosa que no podemos decir de otras religiones, y eso es una riqueza. El valor intelectual, vital, moral o artístico de una religión también aflora gracias a sus contradictores. El catolicismo también son sus herejes, y Voltaire. ¿Por qué no hay un David Hume islámico? La grandeza de la tradición cristiana aglutina también a los discrepantes. Hasta en los iconoclastas existe un poso cultural compartido. No ver eso es reduccionista. Yo no podría ir feliz por la vida con unas anteojeras para que nadie me contamine de las ideas que invaden el mundo.

Hay progresistas que consideran la religión como un retraso.

Es posible que así lo vean quienes consumen medios progresistas como alfalfa. Es probable que haya todavía gente ajena a la realidad del ser humano que considere que la religión es un atraso propio de un estadio evolutivo anterior a la Ilustración. ¡Son ellos los que se pierden la grandeza de una realidad a la que debe acercarse cualquier persona con una

curiosidad intelectual! ¿Por qué en Sevilla salen bajo palio un comunista junto a un conservador de Vox? Pues preguntarse estas cosas con verdadera inquietud tiene mucho que ver con entender, de verdad, nuestra tradición y nuestra sociedad. El Evangelio desprende una fuerza particular cada vez que lo lee un ateo, un revolucionario o un capillita. Igual que leemos otros grandes textos clásicos, hay que leer la Biblia. Permanecer como si el hecho religioso fuera solo piedad, según los muy devotos, o solo carne de desprecio, según los arrogantes ilustrados contrarios, son dos formas de empobrecimiento del espíritu.

Dices: "No podemos alentar la mentalidad de catacumba".

Es lo que le está pasando a mucha gente del espectro conservador. Como si el mundo se percibiera crecientemente hostil. Como si se asumiera de muchos católicos que su tiempo pasó y deben sobrevivir a la espera de un renacimiento en los próximos siglos. Yo me rebelo contra eso. Prefiero contaminarme de mundo y rescatar lo bueno y lo concomitante con las creencias personales, en vez de resignarme al "¡está todo tan mal!". Hay personas que igual tienen nostalgia de una España nacionalcatólica que nunca existió, ni siquiera en la Edad Media. No ha habido nunca ni momentos dorados ni momentos pésimos para la fe. A poco que leamos Historia y tengamos un poco de imaginación, nos daremos cuenta de que no es cierto que la hegemonía cristiana se haya echado a perder. No estoy de acuerdo con eso.

Si de verdad nos creemos que los valores que contiene el

Evangelio son universales y eternos, no se puede ir por la vida escondiéndose. Si un católico está convencido de su superioridad moral, porque considera que sus creencias animan la mejor versión de los seres humanos, ¿qué miedo puede tenerle al mundo? El mundo es mío. El mundo no me está agrediendo constantemente, ni yo soy el último mohicano de una raza que se va a extinguir. ¡Yo soy el primer mohicano de la raza que va a venir! ¡Eso es lo que hay que defender!

Dicho esto: que nadie piense que yo me siento modelo de nada porque tenga una cierta sensibilidad hacia las cosas de la fe, por mi familia o por mi pasado. Tengo un gran cariño hacia mi tradición cristiana, que se trasparenta en mis textos, y reivindico esa columna vertebral de Occidente. Soy un liberal, pero no rebotado o descasado con lo que he aprendido. Al revés.

En este viaje hasta el borde de los cuarenta, te has ido puliendo. Seguramente ahora eres más misericordioso en tus juicios sobre los hombres, porque, probablemente, también lo eres más contigo mismo.

La intolerancia es patrimonio de la juventud, para lo bueno y para lo malo. La juventud es, a la vez, admirable y detestable. Es admirable, porque lleva a la generosidad, a la entrega, a la abnegación, a la fe en unos ideales, en unos límites de belleza y sacrificio que los poetas han cantado durante siglos. Y es intolerante, porque estas son mis ideas, aquellas son las tuyas, tú eres mi enemigo, y voy a por ti.

Yo antes era una especie de fanático de muchas cosas, y ahora tengo curiosidad por todos los



frentes. Vas creciendo, vas leyendo, te vas rozando con mucha gente variada, y tus puntos de vista dogmáticos se van matizando. El dogmatismo es el estado habitual del joven. Si nos quedamos ahí, nos malogramos. Lo normal es madurar hacia el mestizaje. Yo estuve obsesionado con ser absolutamente ortodoxo y, gracias a Dios, he ido mejorando, más allá de que a mis adversarios les pareceré un radical ortodoxo fascista puro, y tampoco se puede entrar al juego de la caricatura.

¿Qué ancla es una formación humanística sólida y por qué han sido para ti un salvavidas la literatura y el pensamiento?

La literatura es el ámbito de la libertad y te da ventajas sobre la vida. Te permite ampliar experiencias y aprender de más personas. Cien años de vida por cinco mil novelas buenas representan una profundidad muy potente para cualquier biografía. Hay personas que se dan cuenta de sus errores a los cincuenta

años, que, si hubieran leído más, podrían haberlos descubierto a los treinta. La literatura también tiene una finalidad práctica, aunque es, sobre todo, el placer del conocimiento. La primera frase de la *Metafísica* de Aristóteles dice: “Todos los hombres desean, por naturaleza, el saber”. Saber es un deseo, un placer, y los tratados de Matemáticas, de ciencias o de Derecho Administrativo no satisfacen esos anhelos. Hay una forma de conocimiento que tiene que ver con la poesía y con la representación que solo da la literatura.

¿La crisis de bajas en Netflix puede ser un primer síntoma notorio de hartazgo contra las ideas políticamente correctas prefabricadas e impuestas?

Sí. Cuando creas contenido con el mismo troquel, la gente se acaba cansando del esquematismo ideológico, artístico, narrativo... porque no es tonta. Cuando la cultura se autoimpone un código rígido de contenidos, los usuarios

acaban buscando otros canales más auténticos y más libres. Este portazo a Netflix es esperanzador, y no porque yo tenga nada contra ellos, sino porque es un recordatorio a los productores y a quienes están detrás de esa industria de la ficción, que no es un lujo, sino una necesidad, de que pervertir el relato es una muestra de que uno se ha confiado más de la cuenta. Al final, todos demandamos emociones auténticas.

Y entre crecimiento, madurez, viajes, más libros, más lecturas, mestizajes, tradición y un mundo amigo, ¿qué deseas que no cambie nunca de ti?

Me gustaría que la gente que me conoce tenga motivos para conservar una buena opinión sobre mí. Me conformaría con una cierta credencial de moralidad. Que se me vea como alguien que, más allá de la afinidad con mis textos, se comportó medianamente bien, en el sentido de ser duro con el fuerte y amigo o compañero del débil. ■

MACROTENDENCIAS DE NUESTRO TIEMPO

por Juan Meseguer

Junto a los temas más sonados de la actualidad —como en su día la pandemia y ahora la guerra en Ucrania, la inflación o la tarifa de la luz—, van apareciendo otros que dan que pensar sobre el tipo de sociedad que tenemos... o que querríamos tener.

Hace algo más de dos años, explica la analista de tendencias Marian Salzman, el coronavirus puso patas arriba muchos de nuestros hábitos sociales. Y todavía hoy estamos tratando de calibrar el impacto que ha tenido en adultos, jóvenes y pequeños.

Pero hay signos de esperanza: la pandemia ha servido para reconsiderar prioridades y dejar de asumir que el rumbo actual de la sociedad es inevitable. Como explicó ella misma a finales de 2020, el “apetito de cambio” se expresa en corrientes al alza como la sed de profundidad, la añoranza por modos de vida más sencillos o el “regreso a lo real”.

Progresar ¿hacia dónde?

El replanteamiento al que apunta Salzman a menudo ha venido en forma de preguntas, que invitan a repensar nuestras ideas sobre el trabajo, el progreso, el éxito o el bienestar. Algunas, formuladas por otros especialistas, llevan años sobre la mesa:

— ¿Por qué celebrar una noción del tiempo que premia el corto plazo, empuja a la velocidad y deja fuera a las generaciones futuras?

— ¿Qué tiene de progresista una organización laboral que hace “trabajar a la gente hasta la extenuación” o que asume que el descanso o la vida familiar son lujos para ricos? (Nilanjana Roy).

— ¿Por qué lo útil debería seguir siendo el valor estrella de las sociedades modernas? (Jenny Odell).

— “¿Merece el nombre de riqueza o desarrollo un crecimiento que destruya el cuidado o margine a la población que cuida (...)?” (María Ángeles Durán).

Estas y otras preguntas han llevado a poner el foco en cuestiones cruciales: la dificultad para conciliar familia y trabajo; la salud mental de los adolescentes; el aumento de la soledad; la falta de natalidad y el envejecimiento de los países más desarrollados; el retraso de la maternidad y la paternidad —o directamente el rechazo a los hijos—, frente a tendencias como el auge de los

childfree por elección, la soltería voluntaria y la involuntaria, o el *parenting* de mascotas; el impacto de la tecnología en aquellos hábitos que más ponen en juego nuestra condición humana; el deterioro de nuestra capacidad de cuidar las palabras y de hablarnos con respeto; el interés por fenómenos y debates siempre actuales, como las migraciones, la desigualdad, la compatibilidad entre ciencia y religión, el peso creciente de las emociones en la esfera pública, etc.

Además, vemos que vuelven al primer plano de la actualidad disputas sobre valores y estilos de vida que unos daban por zanjadas, como muestra la expectación mundial creada por la posible revocación de la sentencia *Roe v. Wade* sobre el aborto; todas las relacionadas con las intromisiones en la conciencia, incluido el adoctrinamiento en la escuela; u otras planteadas desde perspectivas variadas: desde las surgidas en el seno del feminismo, hasta las que buscan poner freno al permisivismo bioético alimentado por el pragmatismo o

por ideologías como el transhumanismo.

A estas grandes preocupaciones de la sociedad actual, cabe añadir las que detecta Salzman en su libro *The New Megatrends* (Penguin Random House), recién publicado, donde identifica diez macro-tendencias que seguirán dando que hablar en los países ricos. Selecciono un puñado y añado los puntos de vista de otros expertos.

La identidad y sus derivadas

Al explicar el interés que seguirá suscitando la identidad como tema de debate público, Salzman concede mucha importancia al desdibujamiento de los roles de género y a las definiciones de lo femenino y lo masculino. Y aunque ve con buenos ojos esa “fluidez”, también admite que la sobreabundancia de opciones en ese y otros ámbitos está contribuyendo a un mayor desasosiego. De este problema

hablan títulos recientes como *Nadie nace en un cuerpo equivocado* o *Un daño irreversible*.

De todos modos, la reflexión sobre quiénes somos abarca muchas otras cuestiones. Arthur Brooks, por ejemplo, parte de la identidad para explicar el sinsentido de la adicción al trabajo. Para él, lejos de ser una vía para destacar, reducir la propia humanidad a un solo rasgo —yo soy un desempeño laboral exitoso— es el camino directo para cosificarse y despojarse de valor.

En parecidos términos, la filósofa Ana Marta González advierte del peligro de encerrar la riqueza de la subjetividad humana en conceptos estereotipados más o menos en boga en el debate público. De ahí que afirme: “Más que de identidades, me parece preferible hablar de nombres propios: el nombre propio hace presente a la persona sin clasificarla”.

Entre las generaciones más jóvenes, preocupa que hoy el proceso de formación de la identidad tenga que hacerse en línea, dentro de un “circuito de retroalimentación”, bajo la mirada escrutadora del resto y midiendo mucho “lo que ocultar y lo que transmitir”, en palabras de Gavin Haynes. El estatus social, observa Eliza Filby, ahora viene de “la documentación de las experiencias”. Lo que obliga a una constante *performance*: “No es el selfi lo que nos define, sino la representación del yo autocapturado en el momento del concierto, el restaurante, la playa...”.

En busca del bienestar

En su informe *22 Trends for 2022*, Salzman señaló una doble tendencia: de un lado, la salud mental está dejando de ser un tabú; de otro, el pensamiento positivo está dejando de ser un imperativo. Esto permite



que podamos hablar más a las claras de cómo estamos, sin necesidad de acallar el malestar con consignas o frases hechas. Las conversaciones hondas serán particularmente necesarias con los jóvenes, para quienes el futuro está dejando de ser un tiempo “lleno de promesas y prosperidad”.

En *The New Megatrends*, Salzman identifica algunos hábitos que veremos ir a más para combatir el estrés y la ansiedad, como el desarrollo de habilidades prácticas, que, de paso, servirán para ganar en autosuficiencia (jardinería, carpintería...); o la desconexión a través de ayunos o dietas digitales, una forma de resistir frente a otra tendencia imparable: “el fin de la privacidad”. En contraste, otros buscarán tranquilidad por la vía opuesta: a través de la zambullida escapista en el metaverso.

También habrá que estar atentos a cómo la pandemia redefina la idea del bienestar vigente en las sociedades ricas, una tendencia que observa Tim Lomas, especialista en psicología positiva. Si en Occidente esa noción y la propia psicología han estado muy marcadas por el individualismo y la autonomía, así como por el énfasis en emociones positivas de alta intensidad como la alegría y el entusiasmo, hoy se ve la necesidad de incorporar facetas del bienestar mejor valoradas en otras culturas: el aprecio por las emociones positivas de baja intensidad, como la paz y la calma; la importancia de las relaciones humanas, la hospitalidad y la generosidad; o la necesidad de vivir en armonía con la naturaleza.

El gran despertar climático

Que las sociedades ricas cada vez son más sensibles al cambio

climático no es ninguna novedad, pero sí lo es el hecho de que cada vez más personas estén dispuestas a poner de su parte. Manifestaciones de esta tendencia son el aprecio por la sobriedad, el consumo reflexivo y la “moda lenta”; o el interés creciente por los vehículos eléctricos, la carne de origen vegetal o las tecnologías que ayudan a calcular la propia huella de carbono.

La preocupación ecológica entronca directamente con el replanteamiento de los estilos de vida y del modelo económico al que invita Salzman. Las preguntas básicas son por qué vivimos y trabajamos como lo hacemos ahora, y qué alternativas hay. “¿Por qué insistimos en que los empleados trabajen de forma presencial cinco días a la semana? ¿Está nuestra estructura salarial orientada a motivar y a retener a nuestros mejores trabajadores en todos los niveles? ¿La estructura fiscal del Estado apoya el bien común o beneficia principalmente a los de arriba?”.

Previsiblemente, esta toma de conciencia también dará alas a un movimiento de solidaridad con quienes sufren injusticias económicas y raciales, algo que, en su opinión, las protestas por la muerte de George Floyd no han hecho más que anunciar.

Elogio de la vida sencilla

Otra tendencia que viene es el retorno del prestigio de lo pequeño (“*small becomes the new big*”). El minimalismo tiene algo de respuesta adaptativa. De un lado, porque lo pequeño se presenta como un buen antídoto frente a la incertidumbre y la velocidad de los nuevos tiempos: lo pequeño —explica Salzman— es más manejable y transmite una sensación de

Para Salzman, las preguntas básicas son por qué vivimos y trabajamos como lo hacemos ahora, y qué alternativas hay

control. Y de otro, porque la precariedad laboral y económica de los más jóvenes no deja muchas más opciones.

Pero también hay una aspiración ética: el deseo de dejar atrás la mentalidad “cuanto más grande, mejor” como “*ethos imperante*”, un planteamiento que recuerda al de los decrecentistas y su gusto por los bienes de la vida sencilla.

Unida a la anterior va otra tendencia: la convicción de que “el nuevo lujo es el más sencillo de todos”. Para Salzman, aquí entran bienes actualmente tan escasos como el tiempo libre, los espacios no masificados, los entornos naturales o la vida lenta. En el futuro, el lujo tendrá que ver “menos con las posesiones materiales y más con la calidad de vida”.

Salzman no es una antimoderna. De hecho, su visión del mundo encaja bastante con la que suele asociarse al progresismo cultural. Pero si algo dejan claros sus análisis es que la vida moderna no puede asumirse de forma acrítica. “La Gran Pausa de la pandemia nos obligó a muchos de nosotros a enfrentarnos a las carencias de nuestras vidas. (...) El cambio que se avecina diferirá radicalmente de una persona a otra, pero un tema común será la retirada de lo artificial a lo real, de lo digital a lo natural, de la inconsciencia a la reflexión”. ■

AUTOOPTIMÍZATE Y SERÁS FELIZ... O NO

por Helena Farré Vallejo

Con cada año que pasa, el volumen económico de las industrias de desarrollo personal –de nutrición, de *coaching*, de *mindfulness*– va en aumento, con un crecimiento que no tiene previsión de disminuir en un futuro próximo. Esto debería suponer una buena noticia si su aumento estuviese ligado a un incremento en el bienestar y en la felicidad de las personas. Pero según datos recientes, el consumo de ansiolíticos y tranquilizantes también sigue una tendencia al alza. Es decir, algo no cuadra.

Registra tu progreso, cuenta tus pasos, anota las horas de sueño, retoca tu dieta, observa tus pensamientos negativos, apúntalos. Después analiza, cambia, repite. Serás feliz.

Aunque resulten directrices estáticas, más encaminadas a ordenar los movimientos de un robot que a plantear los objetivos vitales de un ser humano, es así como se podrían resumir las recomendaciones que inundan libros y charlas *online* dedicadas a impulsar la “ayuda” a uno mismo. Una receta mágica que, aplicada correctamente en las dosis recomendadas, permite eliminar cualquier malestar –ya sea personal o laboral–, aumentar la productividad y, sobre todo, ser feliz.

Según un informe de Grand View Research, el tamaño mundial del mercado de desarrollo personal se prevé que alcance los 56.660 millones de dólares para 2027, con

una tasa de crecimiento anual del 5,1% entre 2020 y 2027. Además, Market Research sitúa a los jóvenes adultos –*los millennials*– como los mayores consumidores de este tipo de productos culturales. Estos datos, sin embargo, no van de la mano de una mejora en el estado anímico de las personas.

Más bien, todo lo contrario. España y Portugal encabezan la lista de la OCDE –según datos de 2020– como países con mayor consumo de ansiolíticos y sedantes. Un consumo que, además, se inicia con una edad cada vez más precoz: según el informe ESTUDES 2021, los tranquilizantes figuran entre los adolescentes españoles como la cuarta droga más consumida. Pero esta tendencia no es exclusivamente española ni viene de los últimos quince años. Aunque la comparación entre países sea difícil debido a los diferentes sistemas sanitarios y a la

peculiar recogida de información, también en el resto de Occidente se ha registrado una tendencia al alza en el consumo de estos psicotrópicos en todos los rangos de edad. Basta con observar la epidemia de opiáceos en EE.UU. o el incremento de dosis diarias en los últimos años en varios países europeos, como Croacia o Grecia, para reconocer que estamos ante un problema generalizado.

Lo más llamativo de este aumento es que se dé al tiempo de una gran proliferación de industrias que prometen la panacea para alcanzar la felicidad y el bienestar, y que nos presentan con una cultura cada vez más definida por la autooptimización. Por el autoperfeccionamiento. Por el yo.

Un nuevo producto de consumo

Alexandra Schwartz escribe en el *New Yorker* que los consejos y discursos de autoayuda tienden a reflejar las creencias y prioridades de la época que los genera, pero si se echa la mirada atrás y se observa su evolución a lo largo de los años –del “*No pain, no gain*” al “si piensas en positivo, atraerás lo positivo”–, no resulta difícil detectar un denominador común: el individuo, como centro y protagonista.

“El discurso de la felicidad es yo, yo, yo. Cómo me autogestiono, cómo consigo mis deseos, cómo desarrollo mis metas, cómo consigo mis objetivos. Un discurso egoísta y narcisista, muy centrado en la propia persona”, opina Edgar Cabanas, psicólogo y autor junto a Eva Illouz de *Happycracia* (2018) y coautor de *La vida real en tiempos de felicidad. Crítica de la psicología*

(e ideología) *positiva* (2022). Según Cabanas, la cultura de la autoayuda alberga un discurso individualista que, además, es principalmente consumista. “La felicidad es, hoy en día, un producto de consumo, y no un producto de consumo cualquiera. Es el producto estrella que toda una industria dice ofrecernos”. Por ejemplo, mediante experiencias, una actividad muy popular hoy en día. “Pero también con bienes más inmateriales, como las identidades, la salud, las emociones”, explica Cabanas.

Si la primera mitad del s. XX se caracterizó por el culto al cuerpo, la segunda mitad lo hizo por un creciente interés por ese misterio que resultan ser el cerebro y la mente. Ahora, en el s. XXI, la salud y el bienestar mental se han convertido en un tema central, de reconocida importancia y al que se dedican cada vez más recursos y horas. Sin embargo, este interés se puede convertir rápidamente en obsesivo – “tengo que estar perfecto en la cabeza”–, y al juntarse estas dos tendencias, el culto al cuerpo y a la mente, el individuo contemporáneo entra fácilmente en una constante necesidad de entenderse y de mejorarse, de autooptimizarse. En gran medida, para ser feliz. Pero en la realidad esto se traduce en un estrés continuo, que acaba por desbordarnos. Es decir, se trata de una ayuda que, llegados a un punto, desayuda.

“El perfeccionismo siempre nos hace enfermar. Nos hace vivir hiperalerta con el cortisol disparado”, explica en conversación con Acepresa Isabel Rojas Estapé, psicóloga del Instituto Español de Investigaciones Psiquiátricas de Madrid. “Mucho cortisol sostenido en el tiempo provoca bajones de ánimo”. Y es en esos bajones

de ánimo cuando echamos mano de la autoayuda. ¿Estás estresado en el trabajo? Utiliza esta aplicación de meditación. ¿No duermes bien? Prueba con este espray de hierbas naturales. Cocina los micronutrientes de esta forma, escribe cartas de gratitud, busca en tu interior la respuesta. *Está en tu mano ser tu mejor versión*. Pero la felicidad se hace esperar. Y volvemos a intentar autooptimizarnos, ser perfectos. Y volvemos al bajón de ánimo. Y usamos el espray. Y la felicidad sigue sin llegar. ¿No nos debería hacer esto felices? ¿No es esta la solución?

Un factor infravalorado

Un meme no es solo un meme, o eso dicen algunos analistas culturales. Puede ser el termómetro que mide el bienestar y las preocupaciones de una época. Si *los millennials* son los mayores consumidores de la industria del crecimiento personal, también son los que están despertando a un desencanto y apatía que no hay autoayuda que subsane. Solo hace falta observar la proliferación de memes con una gran carga de pesimismo irónico para entender que esta es la nueva forma de resistencia *online* que plantean frente al discurso de positivismo fácil. Pero igual esta autocompasión no es la solución a la apatía y desgana generalizada.

Según María Elvira Roca Barea, “es una estupidez pensar que la comodidad, la sobrealimentación y la seguridad generan a gente feliz”. En su reciente entrevista publicada en Acepresa, Roca Barea comenta que “el ser humano está hecho para la dificultad, y es más virtuoso y más feliz superando dificultades”. No solo padecer, sino también contemplar

La cultura de la autoayuda alberga un discurso individualista que, además, es principalmente consumista, opina Edgar Cabanas

el sufrimiento ajeno reduce la impasibilidad, ese mal que padece el hombre moderno y que está considerablemente presente entre los jóvenes.

Según nos comenta Isabel Rojas, el voluntariado es una de las vías más rápidas para sentir felicidad, “porque saliendo de uno mismo, ayudando, es cuando mejor nos sentimos”. El perfeccionismo autoimpuesto eleva el cortisol; la ayuda redirigida al exterior, en cambio, libera serotonina, la hormona de la felicidad.

También el World Happiness Report 2022 publicado en marzo de este año llega a esta conclusión: el año pasado se vio un repunte en la felicidad de los encuestados –“una luz en tiempos oscuros”– gracias al incremento en benevolencia y apoyo social, haciendo hincapié en la importancia “y la capacidad de los individuos para apoyarse unos a otros en tiempos de gran necesidad”. Por eso Rojas recomienda empezar cuanto antes con el voluntariado, incluso de niños. “Yo recomiendo a los padres que apunten a sus hijos desde los doce años a algún tipo de voluntariado. Estar con gente vulnerable te resta apatía”.

Es decir, tal vez, en medio de tanto discurso narcisista, la felicidad no esté exclusivamente dentro de nosotros mismos, tal y como nos quieren hacer creer, sino que se encuentra en gran medida fuera. En el otro. ■

EL INVIERNO HA LLEGADO A NETFLIX

por José María Aresté

Las luces de alarma han saltado en Netflix. Un descenso en 200.000 suscriptores durante el primer trimestre de 2022 y una previsión aún mayor de 2,5 millones para el segundo trimestre son para preocuparse. La noticia sacudió la Bolsa, con una caída del valor de las acciones de un 25%. ¿Podrá resistir el embate una compañía que celebra este año su 25 aniversario?

Mucho ha llovido desde que, en 1997, Marc Randolph y Reed Hastings crearon Netflix, un videoclub que servía sus películas en DVD por correo postal en Estados Unidos previa solicitud de las mismas a través de una interfaz en Internet. Con este sistema podían ofrecer todas las películas y series existentes en el mercado en este formato, y el reto era servir las lo antes posible. Su catálogo no tenía parangón, y no necesitaban las tiendas físicas de sus rivales, entre los cuales el principal era Blockbuster, al que logró eliminar literalmente. Entonces se labraron una imagen *cool*, con ideas como el establecimiento de una cuota de suscripción mensual fija que permitía ver todos los títulos que se quisieran, pudiendo retenerse hasta tres, y la supresión de las multas por los retrasos en la devolución.

El *streaming* lo cambiaría todo, y no siempre del modo

deseado por Netflix. En los inicios todo iba bien. Netflix se adelantó a la previsible competencia sirviendo las películas *online* mejor que nadie, iniciando su expansión internacional, y manteniendo la filosofía de su videoclub físico con el que convivió. Y los grandes estudios de Hollywood tenían una fuente de ingresos extra cediendo los derechos de sus producciones por un período de tiempo en Internet.

Pero tal situación solo podía ser temporal. Las *majors* comenzaron a desarrollar sus propias plataformas de *streaming* y paulatinamente cerrarían el grifo de su producto a Netflix. De modo que, ironías del destino, su videoclub *online* dispondría de muchos menos títulos que el físico. Disney colocaría su producto, que incluye el catálogo de Fox, en Disney+, y HBO Max haría lo propio con el fondo de Warner, lo que suponía decir

adiós a los superhéroes de Marvel y DC, a la franquicia de *Star Wars*, y a los títulos animados de Disney y Pixar.

Producción propia

La solución para Netflix, prevista desde que se lanzaron al *streaming* en 2007, pasaba por crear un catálogo propio de películas y series lo suficientemente atractivo para no acusar el golpe de los títulos que abandonaban su barco; ello, con la guía como responsable de contenidos de Ted Sarandos, copresidente de Netflix con Hastings.

Por otra parte, la inversión en producción ha sido abrumadora —en 2019 llegó a los 8.000 millones de dólares—, mayor que la de cualquiera de los estudios clásicos, y a golpe de talonario se ha podido contar con títulos de prestigio (*Roma*, de Alfonso Cuarón; *El irlandés*, de Martin Scorsese; *Mank*, de David

Fincher, a la búsqueda de un Oscar a la mejor película que se les resiste) y otros muy populares como *Alerta roja* de Dwayne Johnson o series como *House of Cards* o *Stranger Things*.

Además, han diseñado una estrategia de penetración en todo el mundo, apoyando las producciones locales de los nuevos territorios donde buscaban implantarse, logrando a veces títulos que no sólo triunfaban allí, sino que tenían repercusión global; es el caso de la serie española *La casa de papel* o la coreana *El juego del calamar*.

El peligro de no diversificarse

Pero la fortaleza de Netflix es también su debilidad. Desde el principio se marcaron una meta: la de entregar a sus clientes aquello que querían ver en sus

pantallas, del modo más eficiente y rápido posible. Su competencia, ya sea la asociada a los estudios (Disney+, Hulu, HBO Max, Paramount+, Peacock) o a otro tipo de compañías (Amazon Prime Video, Apple TV+), cuenta con una diversificación de su negocio, porque venden banda ancha, la estancia en parques temáticos, canales televisivos, productos tecnológicos, venta de cualquier tipo de mercancía que se pueda entregar a domicilio, etc. Y aunque esto pueda producir dispersión a la hora de concretar y cumplir objetivos, supone la ventaja de que no todos los huevos se encuentran puestos en la misma cesta.

Hasta el momento, Netflix ha conocido lo que es el factor suerte para su negocio; por ejemplo, tragedias como el 11-S o la pandemia del covid-19 llevaron al encerramiento de la

La necesidad de invertir en producción propia para fidelizar a los clientes tiende a crear una burbuja de gastos que podría estallar en cualquier momento

gente, lo que potenció las suscripciones. Pero alguna vez tenía que dejar de soplar el viento a su favor.

La duda estriba en si es sostenible una empresa cuyos únicos ingresos, en la actualidad, provienen de las cuotas de suscripción y de la capitalización en Bolsa. Aunque ha habido grandes beneficios y liquidez todos los meses, la necesidad de invertir en producción propia para fidelizar a los clientes vuelve a generar nuevos gastos, lo que



apunta a una burbuja que podría estallar en cualquier momento. Entre otras cosas, porque no está claro que una persona o una familia quieran mantener la suscripción a varias plataformas de *streaming* y, a la hora de hacerlo, es más posible que se decanten por una asociada a una marca familiar, Disney, o que dispone de un catálogo con dilatada historia (es el caso de las plataformas asociadas a *majors*). En tal dirección se movió Amazon con la decisión de comprar el catálogo de la Metro para Prime, lo que además le concede la opción de producir en torno a franquicias de ese catálogo como James Bond.

En cualquier caso, no parece haber pastel para todas las plataformas y quizá al final acaben conformándose paquetes troceados y reintegrados, donde el usuario escoja lo que desea ver de verdad, ahora disperso entre las diversas opciones.

Una crisis anunciada

A pesar de los titulares alarmistas, la crisis de Netflix se veía venir. Aunque hasta ahora la compañía crecía en número de suscriptores, alcanzando un récord en torno a los 222 millones, ya se vislumbraban algunas señales de agotamiento y de tocar techo. De hecho, en Estados Unidos la cifra está estancada o incluso en leve retroceso hace tiempo, y eran los nuevos mercados como el asiático los que lograban maquillar ligeramente la situación.

Para tratar de compensar el descenso de ingresos, a principios de 2022 se anunció la subida de la cuota mensual, lo que

se justificaba por la necesidad de seguir ofreciendo estrenos únicos y memorables. Netflix ha convertido en obligación la presentación de novedades con carácter de acontecimiento, lo que a la larga es una pesada carga a la que no siempre puede darse el deseado alto nivel, ni siquiera fichando para sus creaciones a los mejores artistas. La decisión de encarecer la suscripción no ha sentado bien, como tampoco el anuncio de dar pasos para evitar compartir la contraseña de acceso a Netflix con otros usuarios, lo que estaría frenando el crecimiento de la compañía.

Ante dos medidas tan antipopulares, no han faltado comentaristas que han señalado que a Netflix se le estaría poniendo cara de Blockbuster, al caer en errores similares a los de su antiguo rival. Netflix ya no es la compañía joven de antaño, con un pequeño grupo de trabajadores pioneros, ilusionados a modo de familia con sacar aquello adelante. Ahora es una gran corporación a cuyos dirigentes les gusta compararse con un equipo de fútbol, donde necesitan tener en cada puesto al mejor. Es decir, ya son como cualquiera de las otras empresas de la competencia, que piensan en primer lugar en la cuenta de resultados, y no en la innovación y el deseo de ofrecer una experiencia única al usuario.

Si Netflix hubiera estado en una posición de fuerza, tal vez estas decisiones para generar más ingresos no habrían caído tan mal, pero ahora la sensación es de debilidad, e incluso algunas ideas expresadas por Reed Hastings sugieren miedo a no poder superar la situación: “Los

que han seguido a Netflix saben que he sido contrario a la complejidad de la publicidad y que soy un gran admirador de la simplicidad en la suscripción”, aseguraba hace poco... para añadir que “aún soy un fan mayor de la elección del consumidor”.

Ciertamente, Netflix no tiene experiencia en la comercialización de publicidad, pero la oferta de una suscripción más barata del servicio con anuncios ya no parece un imposible.

Nuevas ideas

Para atraer a más público, Netflix ha probado fórmulas como los *realities* e incluso está tanteando la oferta de videojuegos. Otras formas de aumentar los ingresos, aunque no se hable de ellos, podrían pasar por la venta de derechos de emisión en televisión o de acceso en otras plataformas, y la venta a particulares en formato físico o en descarga digital.

También cabría dar más vida a sus series renunciando a su decisión de estrenar temporadas completas de sus series y ofrecer capítulos semanales, como hacen casi todos sus rivales. Y ofrecer espectáculos en directo, deportivos o conciertos.

Aunque quizá, al final, el destino de Netflix acabe siendo la forja de una alianza-fusión-absorción con alguna de las compañías de Hollywood que todavía no tienen una gran plataforma de *streaming*, como podrían ser Sony, Paramount, que está haciendo sus pinitos con Paramount+, o incluso Universal, con un Peacock que no ha ido mucho más allá de las fronteras de Estados Unidos. ■



Urs Fischer, "The Lovers #2"



URS FISCHER: LOVERS

por María Molina León

fotos: Stefan Altenburger Photography Zurich,

© Urs Fischer

El Museo Jumex es un referente del arte contemporáneo en la Ciudad de México. Su arquitectura sorprendente invita a pasearse por sus salas, creadas por David Chipperfield como una fábrica urbana en plena plaza Carso. Hasta el próximo 18 de septiembre exhibe *Urs Fischer: Lovers*, una retrospectiva que recoge más de 25 años de trabajo del artista conceptual suizo.

El Museo Jumex es la plataforma principal de la Fundación Jumex Arte Contemporáneo. Abrió sus puertas en noviembre de 2013 con el objetivo no solo de atender a un público amplio y diverso, sino también de convertirse en un laboratorio para la experimentación e innovación en las artes. A través de sus exposiciones y programas, el Museo Jumex aspira a posicionarse como institución relevante en el campo del arte al producir y coproducir, en conjunto con otras instituciones, exposiciones e investigaciones originales que familiaricen al público con los conceptos y contextos que informan la producción artística en la actualidad. Los programas públicos y educativos del museo amplían el compromiso de la institución de acercar el arte contemporáneo a la gente a través de herramientas críticas y pedagógicas.

Lovers es la primera exposición de Urs Fischer en México (y en toda América Latina) y reúne obras de colecciones tanto públicas como privadas, e incluso del archivo personal del artista. Algo así como un ejercicio de sacar de un cajón obras de arte de hace tiem-

po, que siguen siendo emocionales sin perder su esencia.

Reconocido por crear obras reflexivas, desconcertantes y lúdicas, Urs Fischer trabaja en escultura, fotografía, dibujo, pintura y ediciones, empleando una variedad de materiales y procesos que no se sujetan a una clasificación, en esta ocasión mostrando el mundo de las relaciones. Su punto de partida es que las obras de arte tienen un origen lúdico y deben desplegarse ante el autor y el espectador de manera lúdica. Las obras expuestas en esta muestra manifiestan, en conjunto, la creatividad, el humor y la profundidad de la práctica del artista, que incluso puede ironizar cuando el juego no es espontáneo sino organizado.

Para Fischer, las obras de arte deben provocarte algo por den-

tro y venir hacia ti, de manera atemporal; y para ello, el espectador debe mantener una postura abierta. Se presentan ante nosotros de una manera fresca, sin polvo, pero con pátina, como un aquilatador de significados. Fischer denuncia que estamos sobreeducados, saturados de contexto, y que una aproximación a sus obras sin pretensiones ni prejuicios nos hará gozar de ellas. Quiere hacernos converger sobre las obras, dejarlas ser y que nos digan cosas, que nos dejemos tocar por ellas y hagamos conexiones.

El título de la muestra remite a hacer sinergias, a acortar distancias, en todo tipo de relaciones: de amistad, familiares, de pareja... Cómo vemos a las personas y cómo nos vemos a nosotros en esas relaciones: cómo

construimos, cómo operamos. Y la constante del humor en sus obras, que funciona como la última línea de defensa y que está presente en la vida misma, haciendo que las cosas sean aceptables y ligeras.

La muestra incluye dos bustos de tamaño real en cera, hechas especialmente para el Museo Jumex. Se trata de retratos de Eugenio López Alonso, el presidente de la Fundación Jumex Arte Contemporáneo, que se consumirán, ardiendo como unas velas, a lo largo de la exposición, marcando el inevitable paso del tiempo.

Todas estas increíbles piezas hacen partícipes a los espectadores de un juego de múltiples referencias a la historia del arte que son temas recurrentes en la práctica de Fischer, además de

Urs Fischer, "Melodía"





Superior: Urs Fischer, "Things". Inferior: Otras obras de Urs Fischer expuestas en Jumex

La muestra

Bonami ha querido hacer una muestra enfocada en crear una "experiencia inmersiva": *Lovers* está organizada temáticamente y cada galería del museo está planeada para ofrecer al espectador una vivencia distinta, creando cambios en las emociones y percepciones, fomentando tanto la mirada cercana como la distante.

En esta ocasión se crearon piezas personalizadas y únicas para el Museo Jumex. Por ejemplo, para destacar una de las zonas más importantes del inmueble: la explanada exterior principal, que ahora es el escenario de la pieza *The Lovers #2* (ver *supra*, pp. 28-29). Esta escultura monumental de 10 metros de altura fue realizada en aluminio fundido, acero inoxidable y hoja de oro, y muestra dos formas que se encuentran, una en equilibrio sobre la otra. Instalada frente a la fachada del museo, la escultura dialoga con la arquitectura del edificio.

La creatividad y el desconcertante estilo se encuentran en cada una de sus obras. En la segunda planta del museo se evoca al rococó. Entre las piezas expuestas se encuentran: *Melodía*, miles de grandes gotas realizadas con yeso y colgadas desde el techo; *Maybe*, conformada por dos caracoles con apariencia natural que se mueven tan lentamente como los verdaderos; *Teardrop*, un espacio en el que cae una gota de agua por minuto; y *Things*, en la cual un rinoceronte metálico está lleno de objetos cotidianos de consumo. La figura de tamaño natural del rinoceronte representa la historia de la humanidad, que se apoya en la agresión y el consumismo. Visto a través de la ventana de la galería, un esqueleto (*Invisible Mother*, 2015) sirve

que demuestran el especial interés de este artista en jugar con lo ya existente y transformarlo para crear obras que evoquen emociones y reflexiones.

"*Lovers* es un hermoso himno a la energía de la vida —expresó el curador invitado, Francesco Bonami—. A las fuerzas que la conforman y que la consumen. A los sentimientos, las emociones y los

miedos que hacen de la vida en general, sea cual sea, una maravillosa aventura, una obra de teatro o un juego con sus ganadores y perdedores. El objetivo de este espectáculo es ser bello, vivencial y emocionante de ver, un juego para que los niños del parque jueguen mientras los adultos se divierten al margen, mientras observan".

de recordatorio de que no todo desaparece cuando cruzamos el umbral hacia otro mundo.

En la galería 3, una variedad de esculturas y pinturas que han sido producidas a lo largo de la carrera del artista crean un paisaje. Diferentes estilos, mensajes, escalas y relaciones ofrecen a los visitantes una mirada al proceso creativo inicial del autor. Dedicado a los detalles más que a las obras espectaculares, Fischer anima al visitante a desplazar la vista desde las obras pequeñas —una lengua mecánica que sobresale de una pared (*Noisette*, 2009)— hasta las esculturas más grandes, como una cama aplastada bajo un montón de hormigón (*Kratz*, 2011). Obras que parecen un juego de manos, como un inodoro lleno de fruta fresca (*Untitled*, 2015), hacen referencia a los *ready-mades* de Marcel Duchamp. Una escoba levantada por un globo (*A Place Called Novosibirsk*, 2004) y una mariposa posada sobre un *croissant* (*Nickname*, 2009) ponen de manifiesto cómo la obra de Fischer es un diálogo entre la sencillez y la complejidad. Una silla y un encendedor injertados uno sobre el otro (*You Can Not Win*, 2003) es una imagen a la que el artista ha vuelto recientemente en su exploración del nuevo mundo digital del arte de los NFT.

El autor

Urs Fischer inició su carrera en Suiza, donde estudió fotografía en la Schule für Gestaltung de Zúrich. Sus obras fueron mostradas por primera vez en Europa a mediados de la década de 1990, y la primera exposición individual de Fischer en un museo estadounidense fue *Urs Fischer: Marguerite de Ponty*, que tuvo lugar en tres

pisos del New Museum de Nueva York en 2009; esta fue una exposición con instalaciones inmersivas y entornos alucinantes.

Además, el artista ha participado en eventos como la Bienal de Venecia de 2011, donde presentó una copia en cera de la escultura de finales del siglo XVI de Giambologna, titulada *El rapto de las Sabinas*. Esta vela monumental se encendió y se derritió lentamente a través del transcurso del evento y desde entonces este tipo de piezas “efímeras” se han vuelto sus favoritas.

En 2012, Fischer se convirtió en el primer artista vivo en tener

una exposición monográfica en el Palazzo Grassi, donde se escenificó una reproducción de su estudio de Londres que incluía modelos, bocetos, notas, muebles y obras de arte; en 2013, una retrospectiva a gran escala en el MOCA Los Ángeles abarcó las dos ubicaciones físicas del museo con una muestra que incluyó intervenciones físicas. Además, sus obras forman parte de las colecciones del Museum of Modern Art y el Whitney Museum en Nueva York, de la Rubell Family Collection en Miami y ahora también de la Colección Jumex en la Ciudad de México. ■

Urs Fischer, “You Can Not Win”



LITERA

TURA

ENSAYO

CINE

SERIES



Cruces rojas

Sasha Filipenko

Alianza

Madrid (2022)

200 págs.

18,50 € (papel) / 13,99 € (digital)

T.o.: *Krasny Krest*

Traducción: Marta Rebón

Nacido en 1984 en Minsk (Bielorrusia), Sasha Filipenko es escritor, músico y periodista. *Cruces rojas* es su cuarta novela. En ella se cruzan el presente y el pasado de Bielorrusia y de la Unión Soviética.

El protagonista y narrador de la historia es Aleksandr, que ha decidido regresar a Minsk para instalarse con su hija. Arrastra una fuerte tragedia personal que lo ha llevado a recluírse y aislarse de la gente.

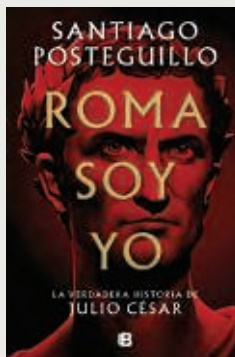
Sin embargo, cuando está pasando las primeras horas en su nuevo domicilio, le llaman la atención unas cruces rojas que hay en el pasillo. Poco después, descubre que esas cruces hacen de guía para que su vecina nonagenaria, Tatiana Alekséievna, de la que ha empezado a apoderarse el alzhéimer, pueda encontrar su domicilio.

El encuentro con Tatiana marca la novela. Antes de que su memoria la abandone por completo, quiere contar a Aleksandr la historia de su vida: “Me gustaría contarle –le dice a su vecino– cómo de pronto el horror se apodera de una persona y trastorna su vida entera”. Comienza a relatarle su “biografía del miedo”, también marcada por la tragedia, y que se remonta a la época del estalinismo y la Segunda Guerra Mundial, cuando su marido, reclutado, fue hecho prisionero; a ella –mecanógrafa en el Ministerio del Interior– la encerraron en un campo de concentración, y su hija de pocos años fue a parar a un internado estatal. Estos hechos siguen presentes en la vida de Tatiana y demuestran cómo el hoy sigue marcado por la época del comunismo.

A la vez que Tatiana cuenta su peripecia personal, también se cuentan algunos retazos de la vida de Aleksandr, árbitro de fútbol de profesión, y los dramáticos hechos que han provocado su casi retiro y casi depresión.

De pasada, la novela muestra también otros puntos de vista, como el del padrastro de Aleksandr, que añora el glorioso pasado, justifica los crímenes cometidos y defiende un sistema totalitario como el que todavía existe en Bielo-

rrusia: “Hace quince años (la novela transcurre a comienzos del siglo XXI) el mundo entero temblaba ante nosotros, ¿y ahora? (...) ¡Nos hemos convertido en ciudadanos de segunda clase de un país tercermundista!”. **Adolfo Torrecilla**



Roma soy yo

Santiago Posteguillo

Ediciones B

Barcelona (2022)

690 págs.

22,70 € (papel) / 11,99 € (digital)

Para Roma, el siglo I a.C. fue una trepidante sucesión de conflictos y crisis: varias guerras civiles, una invasión bárbara (los cimbrios), una sublevación de los pueblos aliados (*bellum sociale*), otra de esclavos (Espartaco), tres guerras en el Ponto (Mitrídates IV), las conquistas de la Galia y de Siria, y la reconquista de dos provincias en rebeldía (Sertorio).

Sobre este cañamazo histórico se han bordado magníficas novelas: *Los idus de marzo*, de Thornton Wilder; *Rubicón*, de Tom Holland, y la trilogía *Las mujeres de César*, *César* y *El caballo de César*, de Colleen McCullough. También grandes ensayos y muy notables biografías, como las que escribieron Mary Renault, Jérôme Carcopino o Adrian Goldsworthy. Ahora prueba fortuna Santiago Posteguillo con la primera de las seis novelas que piensa dedicar a Cayo Julio César.

Roma soy yo se estructura sobre un juicio ante el Senado en el que un joven Julio César, con apenas 23 años, acusa de cuatro cargos (violación, apropiación, malversación y sacrilegio) al gobernador cesante de Macedonia, Cneo Cornelio Dolabela. Entre las fases del proceso (*petitio*, *divinatio*, etc.) se intercalan abundantes saltos al pasado que informan al lector del trasfondo familiar, contexto histórico y social, opciones políticas y educación del protagonista. De manera que hay dos tramas narrativas: la judicial y la biográfica.

Del juicio en sí se conoce poco: los participantes, el resultado y los abogados de las partes. Tal vacío informativo proporciona al autor la ocasión de inventar circunstancias

y discursos que, puestos en boca de Julio César, hacen pensar más bien en Cicerón.

En una ficción histórica, como es el caso de este *thriller* forense, hay que combinar el rigor de los datos históricos con la habilidad en la caracterización de los personajes. No es tarea fácil, y la narración suele entrar en contradicción con los conocimientos que proporcionan las fuentes. Además, los novelistas tienden a un maniqueísmo psicológico a veces un tanto simple. En el caso de *Roma soy yo*, es sustancialmente cierto que los adversarios de Julio César fueron corruptos (Dolabela) o perversamente crueles (Lucio Cornelio Sila). Las escenas de la violación de la joven aristócrata macedonia o la orgía de sadismo en la que envejece Sila tal vez sean escenas “tácticas” para provocar la antipatía de lector, pero no contradicen la lógica de las biografías. Si no sucedieron tal como se cuentan, muy bien podrían haber sucedido.

Más discutible me parece que el autor presente a Julio César como a un héroe sin tacha. En cualquier caso, tarde o temprano Posteguillo tendrá que enfrentarse con el lado oscuro de un personaje al que en esta novela ha llenado de rasgos positivos.

Conviene advertir que en la novela hay algunos momentos fuertes y muchos pasajes llenos de violencia: quienes no soporten las escenas violentas en las luchas callejeras o en batallas, deberían renunciar a leer *Roma soy yo*, porque precisamente en esos pasajes están algunos de los párrafos más vibrantes.

El estilo es el propio de un *best seller*, y el lenguaje, sencillo, pero salpicado ocasionalmente de latinismos. Como otras novelas del autor, mantiene el interés hasta el final. **Rafael Díaz Riera**



Vivir con nuestros muertos

Delphine Horvilleur

Libros del Asteroide
Barcelona (2022)

200 págs.

18,95 € (papel) / 9,49 € (digital)

T.o.: *Vivre avec nos morts*

Traducción: Regina López Muñoz

Delphine Horvilleur (Nancy, 1974) escritora y filósofa, es la primera rabina francesa. Formada en la Universidad Hebrea de Jerusalén, ha escrito cerca de una decena de libros sobre diversos temas de la religión hebrea y es una de las principales voces del Movimiento Judío Liberal de Francia.

Ahora recoge su experiencia en esta obra, subtitulada *Un tratado de consolación*. La autora ha acompañado de cerca a moribundos y familiares, y les ha prestado su apoyo en esa difícil situación, como expresa en estas líneas: “Es saber transmutar la muerte en una lección de vida para los que quedan: saber contar lo que se ha dicho mil veces, pero dar a quien escucha la historia por primera vez claves nuevas para comprender la propia. Esta es mi función. Estoy junto a hombres y mujeres que, en momentos cruciales de sus vidas, necesitan historias”.

Horvilleur desarrolla esta compleja temática a lo largo de once capítulos con una estructura de tres líneas conductoras: historia, reflexión y confesión, a través de las que explica y da sentido a la muerte. Se basa fundamentalmente en los textos sagrados, en recuerdos autobiográficos o en vivencias de personajes reales próximos a la muerte.

El hecho de recordar historias se convierte en un puente que une la vida y la muerte, y la autora lo hace con delicadeza, inteligencia y valentía, sin huir de la realidad, pero contemplándola desde un ángulo diferente, que es la sensibilidad de la fe. El libro muestra la profunda cultura –tanto religiosa como literaria– de la autora, en la que también hay guiños a la modernidad con referencias a la música o al cine. **Reyes Cáceres Molinero**



La máquina del amor sagrado y profano

Iris Murdoch

Impedimenta

Madrid (2022)

424 págs.

23,95 € (papel) / 14,41 € (digital)

T.o.: *The Sacred and Profane*

Love Machine

Traducción: Camila Batlles

Desde su consulta en un barrio acomodado cercano a Londres, el mediocre psicoanalista Blaise Glavender recibe a una serie de pacientes, con distintos grados de neurosis, mientras su esposa Harriet se desvive por convertir el hogar común en un pequeño paraíso burgués, del que el hijo adolescente, a su vez, trata de alejarse, al menos emocionalmente. Una vez a la semana, Blaise se desplaza hasta la capital para atender a un enfermo misterioso, al que lleva visitando casi una década, y que apenas sale de casa.

Su vecino, Monty Small, escritor de éxito que ha perdido a su esposa, trata de superar el duelo con visitas frecuentes a los Glavender, quienes le abren las puertas de su casa

para ofrecerle consuelo. Esta es la superficie. En la realidad, el enfermo al que visita Glavender es una amante, Monty no cree ni en su talento ni en el amor que sintió por su esposa, y la pacífica Harriet está a unos días de presenciar cómo su delicado hogar se convierte en un manicomio.

El curioso título de esta novela de Iris Murdoch (1919-1999) ya anticipa cuál es su materia prima: lo que el amor hace a las personas, lo que las personas le hacen al amor, lo que el amor salva y, tristemente, lo que queda arrasado en su nombre. El análisis del asunto fundamental de la existencia que hace esta autora es, sin duda, de los más inteligentes, profundos y despiadados que pueden encontrarse en la narrativa moderna, y no resulta fácil encontrarle ni precedentes ni seguidores.

Por descontado, son innumerables los libros que plantean tramas parecidas a las de Murdoch, pero su hondura, la sutileza de su prosa y el profundo conocimiento del alma y la psicología humanas rara vez aparecen juntos.

Las obras de Murdoch, que estudió filosofía, están impregnadas de una carga moral enorme, que además surge de las obligaciones que han contraído los personajes, con ellos mismos o con otros. Los diálogos y la fluidez en las descripciones y en la acción van empujando al lector a toda prisa hasta esas “consecuencias”, en las que intervienen por igual las elecciones de los personajes, la naturaleza del hombre y las leyes inflexibles del amor. Aunque, en el caso de *La máquina del amor sagrado y profano*, la influencia del psicoanálisis es palmaria, nada responde a arquetipos, ni a ideas preconcebidas. **Diego Pereda**



Un abril encantado

Elizabeth von Arnim

Hermida Editores
Madrid (2022)

277 págs.

19,50 € (papel) / 7,50 € (digital)

T.o.: *The Enchanted April*

Traducción: José Luis Piquero

Londres, 1922. Llueve sobre mojado en la vida gris de la señora Wilkins, otrora Rose, hasta que un buen día, refugiada en su club, descubre un anuncio en el *Times*, dirigido a “quienes aprecien las glicinas y el sol”, de un castillo italiano a orillas del mar. Antes de volver a su casa a través de calles abarrotadas y lluviosas, para cocinar y cuidar de un marido tan descolorido como el clima, verá un rayo de esperanza en otra mujer a la que descubre contemplando absorta el mismo anuncio.

Empujada por la inexorable desesperación de una vida

apagada, Rose vencerá su habitual vergüenza e introversión y se presentará a la señora Arbuthnot, otrora Lotty. Juntas se irán convenciendo de que nada les impide pasar un abril como jamás se hubieran imaginado.

Tras encontrar otras dos compañeras de vacaciones con las cuales poder afrontar los gastos de su sueño, cuatro perfectas desconocidas se embarcan en un viaje que cambia sus vidas para siempre. A orillas del Mediterráneo, y embriagadas del sol, el mar y las flores, superan sus iniciales reservas y deseos de soledad para descubrir la sororidad en una época de abnegación femenina y redescubrir el amor por sus allegados: “La belleza hace amar, y amar te hace bella”.

La obra destila frescura y sarcasmo, y narra con autenticidad y viveza las vicisitudes y placeres de una época. A colación de su deliciosa historia, se desarrolla con mucho cariño y gracia un tratado sobre la psique femenina, enmarcado a través de los perfiles de cuatro mujeres en diferentes etapas de la vida.

Elizabeth von Arnim (1866-1941) fue autora prolífica, valorada en su tiempo, y cuyo legado se compone de una veintena de obras literarias llenas de afilado ingenio. *Un abril encantado* se publicó en 1922, y desde entonces ha sido éxito de ventas y adaptada varias veces al musical, al teatro y al cine. **Patricio Sánchez-Jáuregui**



Una ventana al mundo y otros relatos

Isaac Bashevis Singer

Nórdica
Madrid (2022)

128 págs.

18 € (papel) / 7,99 € (digital)

T.o.: *Job and Other Stories*

Traducción: Andrés Catalán



El seductor

Isaac Bashevis Singer

Acantilado
Barcelona (2022)

336 págs.

22 €

T.o.: *Der Sharlatan*

Traducción: Rhoda Hendele y Jacob Abecasis

La literatura del Premio Nobel de 1978, escrita en yidis, gira en torno a lo que vivió y padeció Isaac Bashevis Singer (1904-1991), escritor judío y polaco: el contraste entre las tradiciones judías de los mayores y el desarraigo de las nuevas generaciones en ambientes centroeuropeos, el antisemitismo de los nazis, el estalinismo, el exilio en Estados Unidos. Este mundo, constante en sus libros, puede comprobarse en novelas como *Sombras sobre el Hudson* o *La destrucción de Kreshev*, y también en sus colecciones de relatos, como *La muerte de Matusalén*.

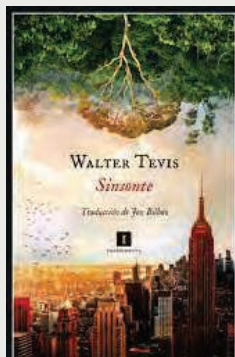
Este ambiente aparece también en *Una ventana al mundo y otros relatos*, casi todos inéditos en España. En general la acción es escasa, pues abundan los diálogos y la reflexión, aunque siempre enmarcados con pinceladas precisas. No falta la ironía, como en *Invenções*, donde el autor sueña que, al camarada Morris Krakower, lo atribula un fantasma durante una noche, lo que influye en el discurso que pronuncia al día siguiente en una reunión del Comité Central del Partido Comunista.

En *El huésped*, Berish Zhichliner, un judío viudo que vive en Estados Unidos, discute sobre el ateísmo con Morris Melnik, un refugiado al que ha acogido en su casa. *El último regalo* trata de las relaciones entre un escritor y su anciana vecina, una caprichosa millonaria de origen judío, en Florida, y ofrece una crítica demoledora del consumismo desbocado.

En *El regalo de la Misná*, el anciano Israel Walden estudia los libros sagrados mientras sus nietos, huérfanos, intentan llevar a Polonia la revolución bolchevique. *Una ventana al mundo* se desarrolla en el Club de Escritores en Yidis de Varsovia, y trata sobre la rivalidad entre dos autores.

El último relato, *Job*, es el más dramático y quizás el mejor: un escritor que trabaja en un periódico yidis de Estados Unidos recibe a Koppel Stein, emigrante que le cuenta su vida –un resumen de las penalidades a las que el comunismo y el nazismo sometieron a tantos miles de personas–, y le propone una drástica solución para acabar con los males del mundo...

Coincide este libro de relatos con la publicación de su novela *El seductor*, que apareció por entregas en un periódico neoyorquino entre 1967 y 1968, se editó póstumamente como libro y se traduce ahora en España. Ambientada en Nueva York y en Miami durante de la Segunda Guerra Mundial, es la historia de un judío exiliado de Polonia, que se considera un intelectual que tiene algo grande que aportar al pensamiento moderno, pero que, en realidad, vive a costa de otros y es un mujeriego recalitrante; una de esas personas que incluso engaña a quienes lo aprecian y tratan de ayudarlo. Historia dura, con final abierto, en la que los diálogos son muy importantes, pues dan pie a reflexiones y discusiones sobre la conciencia, el bien y el mal, Dios, el exilio, etc. **Luis Ramoneda**



Sinsonte

Walter Tevis

Impedimenta

Madrid (2022)

352 págs.

23,95 € (papel) / 14,99 € (digital)

T.o.: *Mockingbird*

Traducción: Jon Bilbao

Walter Tevis (1928-1984), profesor de escritura creativa en la Universidad de Ohio, fue autor de varias novelas muy conocidas por sus adaptaciones al cine o a la televisión. Comprobar el cada vez menor nivel lector de sus alumnos le llevó a preparar *Sinsonte*, un relato de ciencia-ficción situado en Nueva York en el siglo XXV.

Sinsonte se desarrolla en un mundo gobernado por robots, donde abundan los suicidios y donde no nacen niños. Sus personajes principales son el inmortal Spofforth, la máquina más perfecta jamás creada, que desea suicidarse, pero no puede porque su programación se lo impide; su subordinado Paul Bentley, experto en películas mudas antiguas, gracias a cuyos rótulos aprende a leer; una chica, Mary Lou, de la que Bentley se enamora y a la que transmite su pasión por la lectura.

Cuando llevan un tiempo viviendo juntos, y han violado por tanto todos los “Principios de Individualismo e Intimidad”, Spofforth detiene a Bentley y lo envía a una especie de prisión por el crimen de leer, y se lleva a vivir con él a Mary Lou, que pronto descubre que está embarazada. Más adelante, Bentley logra escapar y unirse a una extraña comunidad con algunos conocimientos cristianos muy confusos.

La narración podría ser bastante más corta e intensa; también cabría discutir si no es un lastre que Spofforth y, en general, los robots, acaben siendo seres tragicómicos. Con todo, está bien que se pongan los acentos en el descubrimiento del sexo unido al amor, en que leer y enseñar a leer es lo más subversivo que se puede hacer y en el drama de las vidas humanas vacías.

Pero, puestos a subrayar una idea, tiene fuerza y actualidad la que Bentley formula cuando, al avanzar en su comprensión de la sociedad en la que vive y en la educación recibida, señala que “nunca desarrollamos un sentido de la historia; todo lo que sabíamos, si nos deteníamos a pensarlo, era que antes de nosotros existían otras personas, y que nosotros somos mejores que ellas. Pero a nadie se le animaba a pensar en algo que no fuera él mismo. ‘No preguntes, relájate’”.

Luis Daniel González



El Gran Estado. China y el mundo

Timothy Brook

Alianza

Madrid (2021)

496 págs.

29,50 € (papel) / 17,99 € (digital)

T. o.: *Great State: China and the World*

Traducción: Belén Cuadra Mora

Timothy Brook es profesor y especialista en la historia de China, a la que ha dedicado ocho libros. Este expone de un modo original las relaciones entre el gigante asiático y el resto del mundo desde el siglo XIII hasta la actualidad. No es, ni pretende ser, un libro académico, aunque esté sustentado por una amplia y detallada bibliografía. *El Gran Estado* presenta una estructura entre lo cinematográfico y lo literario. Ofrece trece escenas, centradas en acontecimientos concretos, algunos en apariencia secundarios, que abarcan cuatro períodos de la historia china anteriores al triunfo del maoísmo, en los que China aparece como un gran Estado en expansión, aunque sufra en ocasiones retrocesos territoriales.

Para Brook, el comienzo del “Gran Estado” arranca con la conquista de China por los mongoles en el siglo XIII y el establecimiento de la dinastía Yuan. Según el autor, es la etapa más decisiva para la historia del país, pese a que el discurso oficial remonta el origen del Estado chino al siglo III a.C., cuando se unifica una parte del actual territorio. La dinastía Ming reinará entre los siglos XIV y XVII, un tiempo de expansión y de surgimiento de zonas de influencia chinas en el continente asiático, aunque también de repliegue, porque China renuncia a la expansión marítima y encuentra trabas debido a la presencia occidental, ya se trate de los comerciantes portugueses o de los jesuitas italianos. La última dinastía china es la Qing o manchú, que poco a poco se irá debilitando tras la apertura, muchas veces impuesta por medio de la fuerza, al comercio occidental. En 1912 el desprestigio de los Qing da paso a la república, pero esto no impedirá a China seguir siendo un gran Estado, sobre todo tras la implantación del régimen comunista en 1949.

A veces se tiene la impresión de que China se aisló durante siglos del mundo exterior. El libro de Brook de-

muestra que esto no es cierto, si bien la relación abarcó preferentemente el continente asiático, donde el emperador chino consideraba a la mayoría de sus vecinos como Estados tributarios.

Actualmente, la expansión china, gracias a una pujante economía, alcanza dimensiones globales. Sobre este particular, Brook subraya que el endeudamiento y la corrupción son los dos factores sobre los que se asienta la influencia económica de China. Nada más lejos del modelo occidental westfaliano sustentando entre el equilibrio y basado en el principio de igualdad y el respeto a la soberanía estatal. Por el contrario, como si quisiera borrar un siglo de humillaciones a cargo de las potencias occidentales, China transmite el mensaje a los pueblos del mundo de que saldrán bien parados y alcanzarán prosperidad si respetan los intereses económicos chinos. A Brook, buen conocedor de la historia, esto le recuerda el eslogan de la esfera de coprosperidad asiática compartida, difundido por el Japón imperialista de la década de 1930. Ni que decir tiene que esta neohegemonía conlleva el riesgo de menospreciar los mecanismos del derecho internacional y favorece la aparición de autocracias que, en gran medida, se convierten en Estados clientelares de la China actual.

Antonio R. Rubio



Las dos caras del liberalismo

John Gray

Página Indómita

Madrid (2021)

288 págs.

22,90 €

T. o.: *Two Faces of Liberalism*

Traducción: Roberto Ramos
Fontecoba

John Gray, filósofo político de prestigio, nos ofrece una obra donde reflexiona en torno a la pregunta clave: ¿cómo vivir una buena vida? A ello pueden darse dos respuestas, según el pensador británico. El liberalismo formal entiende que el interrogante solo se puede responder en el ámbito privado, no en el ámbito público. Los comunitaristas piensan que las formas liberales se asentarían, por el contrario, sobre un consenso de valores sociales y culturales precedentes. Gray, un intelectual renombrado (ver Aceprenta, 24-07-2019), huye de la idea de “solución correc-

ta” para explorar los contornos de la vida buena y hallar un punto de encuentro entre ambas concepciones. Huelga decir que en tiempos de división y polarización como los que vivimos, las respuestas a dicha pregunta se multiplican sin solución de continuidad y, por ese motivo, la obra de Gray reeditada ahora por Página Indómita resulta especialmente interesante.

La respuesta liberal, para Gray, es tolerante y uniformadora y cuenta con el apoyo de Locke, Kant, Hayek, Rawls, Dworkin o Nozick. La segunda, más respetuosa con la diversidad, se rastrea en Hobbes, Hume, Berlin y Oakeshott. El liberalismo exige mayor igualdad, lo cual dificulta poder llegar a un consenso sobre cuál es la mejor forma de vivir. El otro *modus vivendi* (al que se adscribe el propio Gray) se basa en la diversidad. Con independencia de ello, lo que se necesita es lograr una coexistencia más o menos armoniosa entre ambas concepciones, sin necesidad de que una se imponga a la otra: ahí se encuentra la clave de la paz social.

En efecto, según Gray, un sistema político saludable no promueve valores particulares, sino que busca canalizar de forma negociada los conflictos entre comprensiones de bien distintas. No hay solución a esta diversidad inherente a la sociedad humana y los valores no confluyen en una ética común. Por esta razón, Gray nos dice que la humanidad no está destinada a unirse en torno a una civilización universal. El liberalismo que propone nuestro autor es más humilde, eludiendo la unanimidad racional y abriéndose a prácticas y convenciones locales donde coexisten pacíficamente valores que sabemos irreconciliables. Al fin y al cabo, por más teorías que esbozemos, las ironías y dramas de la política seguirán ahí cuando despertemos, como el dinosaurio de Monterroso. **Ignacio Álvarez Rodríguez**



Prisioneros de la historia

Keith Lowe

Galaxia Gutenberg
Barcelona (2021)

336 págs.

22,50 € (papel) / 14,99 (digital)

T. o.: *Prisoners of History*

Traducción: Victoria Eugenia
Gordo del Rey

Con el auge de la cultura *woke*, los monumentos históricos son más vulnerables que nunca al escrutinio moral y la sociedad se pregunta si algunos merecen su lugar en el espacio público. Keith Lowe, autor de *Continente Salvaje*, indaga en su último ensayo en los cambios acaecidos en el significado de los objetos conmemorativos desde la Segunda Guerra Mundial, tanto en Europa como en Asia y Estados Unidos. *Prisioneros de la historia* es un libro muy personal, en el que el historiador mezcla la interpretación artística de las obras con las repercusiones políticas y sociales de su creación.

Según Lowe, la memoria desempeña un papel importante tanto en la identidad presente de una colectividad como en la futura. Desde este punto de vista, trata de mostrar que los monumentos no miran al pasado: son, más bien, expresión de una historia que sigue viva y continúa gobernando la vida de quienes forman de parte de una determinada sociedad, se quiera o no.

Además de abordar la cuestión de los monumentos, en *Prisioneros de la historia* subyace una reflexión sobre la heroicidad. Los héroes de una nación representan lo que sus individuos imaginan que son, pero los cambios en la opinión pública o en la cultura social, a medida que una comunidad absorbe a personas de diferentes clases, religiones o etnias, dificulta cada vez más la identificación con los protagonistas de la historia precedente. Eso explica que, a diferencia de lo que sucede en Estados Unidos, en Europa se erijan más monumentos a las víctimas.

En Estados Unidos, en efecto, los monumentos son triunfantes; los europeos, en cambio, melancólicos; los estadounidenses, idealistas; mientras que los europeos –al menos de vez en cuando– tienden a la ambigüedad moral. Pero ¿por qué en nuestra época es complicado creer en los héroes? El libro pone el foco en los medios de comunicación, en los escándalos y los numerosos casos de corrupción en quienes ejercen el liderazgo.

Lowe explica que la conmemoración pública del heroísmo fomenta la lealtad, la valentía y la fortaleza moral, virtudes que hoy escasean. Pero los monumentos de los errores, que recuerdan destrucciones o fracasos históricos, permiten recordar lo que se debe rechazar o los esfuerzos que se hicieron para restablecer el orden tras el caos, por ejemplo, de una guerra.

Por todas estas razones, para Lowe hay que conservar los monumentos. Aunque comprende las emociones encontradas que suscitan, cree que son documentos de indudable valor histórico. “Son curiosidades con el poder de inspirar y provocar todo tipo de debates. A menudo son también grandes obras de arte, que revelan un trabajo y una imaginación asombrosos. Echar todo esto abajo en aras de la política contemporánea me parece lamentable”. **Cristóbal González Puga**



El eterno femenino. Cincuenta mujeres de libro

Rafael Gómez Pérez

Rialp
Madrid (2022)
202 págs. 14 € (papel) / 7,49 €
(digital)

Este libro completa, a mi juicio, una original trilogía, con otros dos del mismo autor. *Retorno a la infancia* (2015) es un precioso ensayo sobre la niñez, en que las consideraciones antropológicas y los datos tomados de la observación vital se entreveran con reflexiones literarias de grandes autores. *De Homero a Kafka* (2018) vuelve a combinar la antropología (materia de la que el autor ha sido docente durante más de veinte años) con el saber literario. *El eterno femenino* mezcla, de nuevo, lo literario y lo antropológico, para presentar un fascinante fresco de cincuenta mujeres literarias “que no han sido reales, pero a las que tratamos con más familiaridad y profundidad que muchas que sí lo son”, como dice acertadamente el autor.

Es una obra escrita con pluma ligera, que no hace alarde de erudición, sino que busca sencillamente la esencia de lo narrado, de la personalidad y los rasgos psicológicos que caracterizan a estas mujeres, resumidos en el epíteto que las acompaña: por ejemplo, para Ana Karenina, es “la desesperación”; para Andrómaca, “la fidelidad”; para Beatriz, “el amor perdurable”; Dido aparece como “la abandonada”; Helena, “la belleza”, etcétera.

El autor hace un fascinante recorrido por la historia de la literatura occidental: desde los griegos hasta la contemporaneidad, con importante presencia de clásicos y románticos, la obra es un compendio de cultura (y, junto a los textos literarios, destacan las interpretaciones teatrales y operísticas de estos personajes, maravillosamente glosadas).

Es importante señalar, por todo ello, que se presupone que se acercará a esta obra un lector culto: en muchas ocasiones, se desvela el desenlace de las obras (contiene *spoilers*, como se dice ahora), aunque no hace falta haber leído todas las obras comentadas para disfrutar el libro, que actúa, además, como excelente prescriptor: salimos de la lectura con el deseo de familiarizarnos con libros que no hemos abierto aún y de releer otros que ya conocíamos.

No son cincuenta las obras literarias citadas, sino mu-

chas más, porque en algunos capítulos se glosan todas las versiones del mito, o muchas de ellas, y las reinterpretaciones posteriores de historias clásicas, así como sus adaptaciones... Es una inmensa riqueza la que aquí puede apreciarse, y de la lectura de los breves capítulos va destilándose una mirada de aprecio y admiración hacia el misterio del genio femenino, y una asombrada constatación de la pluralidad de posibilidades que la relación entre los dos sexos ha ido grabando en la historia literaria. **Ana Rodríguez de Agüero y Delgado**



Refugiados, migrantes e integración. Una breve antología

Jürgen Habermas

Tecnos
Madrid (2022)
124 págs.
16,50 € (papel) / 12,01 € (digital)
Traducción: Juan Carlos
Velasco

A un filósofo hay que valorarle no tanto por sus respuestas como por la capacidad de espolear nuestras conciencias planteando preguntas, por muy inoportunas que sean. Y a tenor de estas, no se puede decir que las que nos lanza Habermas en esta sucinta antología de textos sean cómodas porque demuestra su fuerza para sacarnos los colores. ¿No hay algo hiriente –escandaloso– en las diferencias que tanto los políticos como los ciudadanos de las sociedades libres establecen a la hora de acoger inmigrantes?

Ha llamado la atención de medios y analistas, por ejemplo, la manera en que la UE ha facilitado la llegada de los que huyen de las bombas en Ucrania, frente a la polémica en torno a la crisis migratoria de 2015, cuando miles y miles de sirios, afganos o iraquíes atestaban las playas y los campamentos a las puertas de un continente que pretendía mirar hacia otro lado. ¿Y qué decir de las cuotas que clasifican a los que llegan y abren la frontera a los más cualificados?

Habermas no es un pensador iluso y sabe que la capacidad de acogida de un país es limitada. Pero estima que algo no funciona cuando la política migratoria suscita tantos agravios comparativos y sorteja la moral y el derecho. Junto con otros intelectuales preocupados por las secuelas de la globalización, el filósofo alemán sitúa al mismo

nivel a quienes buscan asilo por motivos políticos o huyen de guerras civiles y a los que se marchan para salvarse de la penuria económica. Insta, por ello mismo, a revertir el “chovinismo del bienestar europeo” que promueven algunos países para protegerse de la llegada de migrantes de naciones pobres.

En todos los trabajos seleccionados –escritos en la última década del siglo XX y la primera de XXI– hay una preocupación evidente por el crecimiento de la xenofobia y por el mensaje simplista del populismo nacionalista. Las previsiones de Habermas se han visto confirmadas con la aparición de movimientos como Alternativa para Alemania y discursos que suponen una contienda entre nacionales y migrantes, a pesar de su falta de sustento empírico. Pero más allá de lo económico, Habermas cree que tanto la cultura política como la vida ética nacionales se enriquecen con la llegada del otro porque facilita un proceso de aprendizaje recíproco y estimula el progreso cultural, moral y jurídico.

Hasta tal punto es así, que la postura sobre el positivo papel público de las creencias que mantiene desde hace unas décadas Habermas nace de sus reflexiones sobre las migraciones y el pluralismo social que conlleva. ¿Significa eso que los países receptores tienen que renunciar a sus valores? Sobre la integración, el filósofo de la razón dialógica distingue entre la obligatoria aculturación cívica de los que llegan y el respeto al Estado de derecho que cabe exigirles, y la tolerancia hacia formas de vida distintas. No hay que estar necesariamente de acuerdo con su análisis, pero conviene no olvidarlo porque en un contexto escorado hacia el relativismo, Habermas es una de las pocas voces pública que defiende una razón común que hermana a las sociedades, lo que le convierte en un pensador de referencia. **Josemaría Carabante**



La trampa del sexo digital

Jorge Gutiérrez Berlinches

Almuzara

Córdoba (2021)

168 págs.

15,95 € (papel) / 6,49 (digital)

El autor de este libro lleva ya unos años dedicado al estudio de una adicción que tiene la peculiaridad de no haber sido (aún) reconocida como tal en muchos ámbitos: la

adicción a la pornografía. Desde la ONG Dale Una Vuelta, propone materiales, cursos o la posibilidad de recibir ayuda personalizada. En este volumen, ofrece una visión panorámica del fenómeno en sus diferentes aspectos.

Primero, la industria. Tan desarrollada como –habitualmente– desconocida. Los datos hablan por sí solos: el Informe de Juventud en España, de 2020, señalaba que “el 50% de los hombres, entre 15 y 29 años, ven pornografía al menos una vez a la semana. Por el contrario... el 50% de las mujeres nunca la han visto. En el caso de los varones, es un 15%”. Al mismo tiempo, las empresas interesadas están haciendo un esfuerzo notable por lograr que la pornografía sea asumida como un producto perfectamente normal, inocuo o hasta saludable y de uso cotidiano. Algo nada desdeñable, si se tiene en cuenta que, como señala el autor, la pornografía va unida, de un modo u otro, a distintas formas de violencia y a la prostitución.

En segundo lugar, la adicción. En realidad, la pornografía es una más entre otras adicciones, como el alcohol o las drogas. Sin embargo, presenta algunos rasgos propios, como la facilidad de acceso o el hecho de no estar comúnmente admitida como adicción en el ámbito médico. Dos rasgos que la convierten en la adicción perfecta.

Después, las vidas de los adictos. Sin ser psiquiatra, Gutiérrez Berlinches ofrece una mirada cercana a quienes pasan por esta adicción. Describe su mecanismo y el modo en que habitualmente se experimenta. Así, por ejemplo, insiste en que “el cerebro tiene mucha memoria y sabe lo que le gusta”. Precisamente por eso, ofrece también varios modos de sobreponerse a esa memoria y de iniciar un camino fuera de la adicción.

La parte relativamente más extensa del libro es la que dedica a la educación en el ámbito familiar. Subraya la importancia de hablar con los hijos, y ofrece numerosos consejos sobre el modo de hacerlo.

El capítulo final es un intento de presentar el valor de la sexualidad, deslindándola de la pornografía y de los elementos que le son más afines. Además, a modo de anexo, bajo el título “Sirvase usted mismo”, se ofrecen distintos materiales, breves y prácticos, para reconocer la adicción y salir de ella, para educar a los hijos y para seguir leyendo o profundizando de distintos modos en alguno de los campos que presenta este libro.

Podría decirse que no es un libro original, en el sentido de que no ofrece una mirada inédita a la cuestión que trata, pero tiene el notable valor de recoger elementos valiosos de libros y plataformas variados. El resultado es una visión de conjunto interesante y útil, que constituye una buena introducción al tema, en muchos aspectos más que suficiente. **Lucas Buch**

Violencia (V), sexo (X), sensualidad (S), diálogos soeces (D)

El milagro del padre Stu



Father Stu – EE.UU., 2022

Dirección y guion: Rosalind Ross

Intérpretes: Mark Wahlberg, Mel Gibson, Jacki Weaver, Teresa Ruiz, Ronnie Gene Blevins, Niko Nicotera, Ned Bellamy, Malcolm McDowell, Cody Fern, Aaron Moten
124 min.

Jóvenes (D)

Drama social y religioso

El popular actor Mark Wahlberg suele afirmar sin pudor su condición de católico practicante. Por eso no sorprende que haya producido, protagonizado y dedicado a su madre Alma –fallecida en 2019– esta singular tragicomedia, que recrea la historia real de una sorprendente vocación sacerdotal. Para ello, ha contado con la colaboración de otro católico: Mel Gibson.

Stuart Long (Mark Wahlberg) es un pobre diablo de Montana, infantil, divertido y pendenciero, que está traumatizado por la muerte de su hermano menor y la separación de sus padres, Kathleen (Jacki Weaver) –una sencilla y angustiada ama de casa– y Bill (Mel Gibson), un tosco obrero que huyó a Los Ángeles. Tras fracasar como boxeador, Stuart se muda a California para hacerse actor, pero fracasa de nuevo y acaba de carnicero en un supermercado. Allí se enamora de Carmen, una chica profundamente católica, por cuyo amor Stuart va a catequesis y se bautiza. Un brutal accidente le lleva a plantearse otro radical cambio de vida: hacerse sacerdote. Pero la

providencia le reserva más sorpresas.

Es tan sólido el guion de esta película, tan fluida su narración, tan sugerente su factura hiperrealista y tan rotunda su dirección de actores, que algunos críticos han cuestionado la autoría de la debutante Rosalind Ross, aventurando una participación no solo actoral de Mel Gibson, pareja de Ross desde 2016 y con la que tuvo su noveno hijo.

Desde luego, por su tono descarnado y malhablado, su hondura dramática y sus eficaces contrapuntos de humor, *El milagro del padre Stu* recuerda a filmes de Gibson como *El hombre sin rostro* o *Hasta el último hombre*, aunque nunca alcanza su potencia formal e interna. En cualquier caso, se trata de una conmovedora y optimista exaltación de la capacidad de redención del ser humano, con una visión muy atractiva del catolicismo y, en concreto, de la acción de la gracia, el poder de la oración, el sentido del sufrimiento y el valor de una caridad inagotable hacia todos. **Jerónimo José Martín**

Cinco lobitos



España, 2022

Dirección y guion: Alauda Ruiz de Azúa

Intérpretes: Laia Costa, Susi Sánchez, Ramón Barea, Mikel Bustamante, Amber Williams, Lorena López, José Ramón Soroz

104 min.

Jóvenes-adultos (S)

Drama

Estrenarse a lo grande. O llegar y besar el santo, que dirían nuestras abuelas. Es lo que ha hecho Alauda Ruiz de Azúa con *Cinco lobitos*. Después de una solvente carrera en el mundo de la publicidad y los cortometrajes, esta cineasta vasca de 44 años conseguía colarse en el Festival de Berlín y ganar el Festival de Málaga con su ópera prima, un retrato tierno y adusto de la maternidad primeriza.

A modo de radiografía generacional, *Cinco lobitos* explora las luces y sombras de la maternidad en un entorno frágil y quebradizo como el que vive hoy una parte muy importante de Occidente. Una maternidad primeriza que se ha retrasado, que convive con una precariedad laboral y afectiva importante y que, de primeras, rechaza los referentes tradicionales que podría heredar de sus mayores. La protagonista de *Cinco lobitos* tiene 35 años y está inmersa en una potente crisis emocional, y su pareja hace malabares con trabajos discontinuos mientras trata de encontrar su sitio como padre. Al igual que sus suegros, que dan bandazos entre la devoción por el bebé y la crítica mordaz ante algunas decisiones de su hija, y no digamos ya del yerno. Nada que no pase en las mejores familias.

Y es precisamente de este realismo, de este contar la historia con los pies pegados a la tierra, de donde Ruiz de Azúa extrae toda la fuerza dramática de una película que describe con lucidez el arco de transformación de los cuatro protagonistas. Una transformación con aristas, con choques, con incomprensiones. Una transformación que es más carrera de obstáculos que recorrido triunfal. Formar una familia no tiene nada que ver con protagonizar un posado de revista. A los obstáculos económicos o logísticos –ese contrato de autónomo o ese niño que no para de llorar por la noche– se unen las dificultades más personales, las diferencias de carácter, la fragilidad, la complejidad de la comunicación humana. Y no se trata de buenos y malos. Se trata de que somos seres imperfectos. Y Alauda Ruiz de Azúa acierta tanto al mostrar la vulnerabilidad como al revelar una poderosa lancha salvavidas que no es otra que la cultura del cuidado, de la compasión, del perdón y de la aceptación de los límites y de la imperfección.

Es imposible reflejar semejante viaje interior sin buenos intérpretes, y afortunadamente, la película puede presumir de un gran reparto. Destacan especialmente Laia Costa y Susi Sánchez componiendo unos complejos perfiles femeninos muy alejados del buenismo y maniqueísmo (hombres malvados y mujeres perfectas) que cierto cine feminista padece. **Ana Sánchez de la Nieta**

Arthur Rambo



Arthur Rambo – Francia, 2021

Dirección: Laurent Cantet

Guion: Fanny Burdino, Laurent Cantet, Samuel Doux

Intérpretes: Rabah Nait Oufella, Antoine Reinartz, Aleksandra Yermak, Sofian Khammes, Anaël Snoek

87 min.

Jóvenes-adultos (X)

Drama

Karim D. es el escritor comprometido de origen árabe al que todos quieren entrevistar. Un *influencer* necesario para contrarrestar las corrientes políticas favorables a imponer mayores restricciones en la política migratoria francesa. Pero todo cambia cuando se descubre que, hace varios años, este líder mediático utilizó el seudónimo Arthur Rambo para realizar comentarios homófobos y antisemitas en redes sociales.

Laurent Cantet (*Recursos humanos*, *La clase*, *Regreso a Ítaca*) es uno de los cineastas franceses que merece la atención mediática y la presencia de sus películas en los mejores festivales del mundo. Su cine es preciso, inteligente y universal. El reflejo de la actualidad es atractivo y dinámico, con un ritmo en el que hay tiempo para la reflexión y la sutileza. *Arthur Rambo* tiene un metraje de 87 minutos que resulta suficiente para mostrar la celeridad de los procesos de cancelación mediática.

El director es muy ágil en mostrar la vanagloria e influencia de un joven que parece haber llegado en el momento más indicado para cambiar la sociedad en la que vive. El protagonista está interpretado por Rabah Nait Oufella, que ya trabajó con el director en *La clase*.

En su rostro vemos la transformación de héroe encantador a villano imprevisto.

Al recorrido dramático de la historia quizás le falta un final más rotundo, aunque es evidente que el cineasta quiere dar las riendas al espectador para que elija por sí mismo y extraiga sus conclusiones. La película abre muchos debates con diálogos incisivos y escenas de construcción muy hábil. En la escritura del guion quizá lo más acertado es la relación del protagonista con su familia, que permite descifrar las capas de verdad y disfraz que tiene un personaje público de esas características. **Claudio Sánchez**

Dónde está Anne Frank



Where Is Anne Frank? – Bélgica, Francia, Países Bajos, Luxemburgo, 2021

Dirección y guion: Ari Folman

Animación

99 min.

Jóvenes

Drama

La historia de Anne Frank tiene, por su formato de diario íntimo de adolescente unido a la tragedia del Holocausto, un poderoso imán. Es un relato imbatible para mantener viva la memoria de la tragedia judía en las jóvenes generaciones, y por eso ha sido utilizado con mucha frecuencia como despertador del recuerdo.

El director israelí Ari Folman fue contactado por la Anne Frank Fonds (ONG fundada por Otto Frank, el padre de Anne) para crear una nueva versión anima-

da del famoso diario. La elección del cineasta para el encargo es más que lógica, no solo por su dominio de la animación y del cine sociopolítico (dirigió el documental de animación nominado al Oscar *Waltz with Bashir* en 2008), sino porque el propio Folman es hijo de supervivientes del Holocausto. A pesar de todo, según él mismo ha declarado, tuvo bastantes reparos en aceptar el proyecto, por considerar que todos los enfoques artísticos de la historia estaban agotados. Sin embargo, alentado por su propia familia, decidió acceder a la propuesta, tratando de enfocarla desde otra perspectiva: la protagonista de su película no es Anne Frank sino Kitty, la amiga imaginaria a la que Anne se dirige en su diario.

Hacer de Kitty un personaje real y convertirla en la heroína de la película añade originalidad al relato y sirve a Folman, entre otras cosas, para recordar a las jóvenes generaciones el verdadero mensaje de la adolescente judía y hacerles considerar que, en la actualidad, hay situaciones similares a la persecución que experimentaron los Frank. Quizá el mayor problema de la cinta sea que, desde este ángulo, se pierde algo de la viveza narrativa y de la fuerza del texto original, y se desdibuja la historia.

En cuanto a la animación, sin ser sobresaliente, es buena. Los personajes en 2D se contraponen con fondos de *stop-motion* del Amsterdam actual en una gama monocromática, dejando el colorido más vivo para las escenas que evocan la época de Anne Frank. Detrás del diseño de la animación y de la fotografía están Andy Gent y Tristan Oliver, colaboradores de Wes Anderson en películas como *Fantástico Sr. Fox* o *Isla de perros*. **Carmen Azpurgua**

Un nuevo mundo

Un autre monde – Francia, 2021

Dirección: Stéphane Brizé

Guion: Stéphane Brizé, Olivier Gorce

Intérpretes: Vincent Lindon, Sandrine Kiberlain, Anthony Bajon, Marie Drucker

96 min.

Jóvenes

Drama

Philippe lleva bastante tiempo con problemas matrimoniales derivados de la excesiva dedicación a su

trabajo como directivo en una gran empresa. Cuando sus jefes inmediatos le obligan a tomar una decisión que no quiere asumir, este hombre de éxito se enfrenta a una crisis interior superior a sus fuerzas.

El cine francés siempre ha tenido predilección por los conflictos laborales que desvelan la interioridad de sus personajes. Stéphane Brizé ya se había acercado a ese terreno en *La ley del mercado* (2015) y *En guerra* (2018), ambas protagonizadas por Vincent Lindon. *Un nuevo mundo*, presentada en la Sección Oficial del último Festival de Venecia, es la más lograda de estas tres películas, con un guion de metraje preciso y desarrollo sugerente de los personajes principales. Junto a un excelente Vincent Lindon, destaca Sandrine Kiberlain. La relación entre este matrimonio y su hijo adolescente ocupa muy poco metraje, pero está desarrollada de modo tan sugerente que resulta esencial para entender a los personajes. Igualmente, los secundarios aportan dinamismo al relato y significado al debate íntimo de los protagonistas.

Camille Rocaillieux compone su mejor banda sonora para acompañar un drama que, al igual que la música, va definiéndose a partir de una melodía central que sorprende con giros imprevistos y notas de personalidad. De esta manera, la película mueve a la reflexión con dosis muy inteligentes de emoción en un guion que combina los diálogos efervescentes y crueles de las reuniones laborales con silencios necesarios. **Claudio Sánchez**

Ennio, el maestro

Ennio: The Maestro – Italia, 2021

Dirección y guion: Giuseppe Tornatore

Intérpretes: Hans Zimmer, John Williams, Clint Eastwood, Quentin Tarantino

156 min.

Jóvenes (S)

Documental

El recientemente fallecido Ennio Morricone (1928-2020) compuso alrededor de 500 bandas sonoras de películas y series tan emblemáticas como *El bueno, el feo y el malo*, *Novecento*, *La misión* o *Los intocables*. Sin embargo, Hollywood no reconoció su talento hasta 2006 con un premio honorífico por su “contribución al

cine”. En 2016 obtuvo la preciada estatuilla, a modo de compensación, por la música de *Los odiosos ocho*. En el pasado festival de Venecia se estrenó este documental dirigido por el reconocido Giuseppe Tornatore, con quien trabajó en la composición de algunos de sus obras más notables, como *Cinema Paradiso* y *La leyenda del pianista en el océano*.

El documental repasa la vida del genial Morricone, centrándose fundamentalmente en las más destacadas bandas sonoras de su carrera, con aportaciones de cineastas reconocidos (Bernardo Bertolucci, Wong Kar-Wai, Roland Joffé, Clint Eastwood, Quentin Tarantino, Oliver Stone), músicos (Bruce Springsteen, Joan Baez, Zucchero, Laura Pausini) y otros colegas compositores –como John Williams, Hans Zimmer o Mychael Danna–, cuya admiración por el compositor manifiesta su reputación y profesionalidad. Quizá la única carencia de esta cinta es la escasa presencia de su biografía personal. Por ejemplo, se podría haber ahondado en el papel trascendental de su mujer, la letrista Maria Travia, con la que compartió su trabajo y un matrimonio de 70 años iniciado con un romance de lo más cinematográfico.

Influido por Stravinsky y la música dodecafónica, Ennio Morricone destaca en sus composiciones por la creación de unas pocas notas clave que se repiten con pequeñas variaciones y se adecuan perfectamente a la escena, matizando la modulación dramática de la historia y los personajes. Tanto es así que, por ejemplo, la banda sonora de *Érase una vez en América* sonaba durante el rodaje, para que los actores conformasen su actuación a la música.

La cinta funciona como un sentido tributo que trata de reivindicar la figura del maestro Morricone como un gran compositor de música para el cine y como uno de los grandes músicos del siglo XX. **Daniel Núñez Hernández**



SERIES

Violencia (V), sexo (X), sensualidad (S), diálogos soeces (D)

La edad dorada



The Gilded Age – EE.UU., 2022

Creador: Julian Fellowes

Guion: Julian Fellowes y Sonja Warfield

Dirección: Michael Engler, Salli Richardson Whitfield

Intérpretes: Christine Baranski, Carrie Coon, Cynthia Nixon, Morgan Spector, John Douglas Thompson, Ben Ahlers

9 capítulos de 50 min.

Jóvenes-Adultos (X)

Drama, Romance

HBO Max

1882. La joven Marian Brook acaba de trasladarse de un pueblo de Pensilvania a Nueva York tras la muerte de su padre. La ciudad convive con rutinarias segregaciones por raza y condición social que hacen que casi todos sus habitantes vivan determinados por estos conflictos de clase.

Desde el éxito internacional de las primeras temporadas de *Downton Abbey*, estrenada en 2010, el británico Julian Fellowes no lograba remontar con títulos elegantes pero menores como *Titanic*, *Belgravia* o *Un juego de caballeros*. Con *La edad dorada* ha logrado el favor del público y de la crítica, que han vuelto a situarle como uno de los grandes creadores de ficciones para televisión. La serie tiene una delicadeza formal incuestionable que facilita la inmersión del espectador en la historia, y que se transmite a las interpretaciones de un reparto excelente en el que hay una veintena de personajes bastante logrados. Sin llegar al encanto en los perfiles y al carisma en las actuaciones que logró en *Down-*

ton Abbey, en *La edad dorada* hay un brillo especial en personajes como el de la poderosa manipuladora Agnes Van Rhijn, interpretada por la neoyorquina Christine Berenski (*The Big Bang Theory*, *The Good Fight*).

El guion sabe entrecruzar las diferentes líneas argumentales para explicar la configuración social de una ciudad que se convertiría en pocas décadas en uno de los epicentros culturales del mundo. La música de los hermanos Gregson-Williams modula la fascinación que genera la belleza de cada plano, vestuario o localización. Como es habitual en Julian Fellowes, el ritmo es dinámico, pero no acelerado. El retrato es poliédrico gracias a la variedad de personajes y caracteres que van construyéndose en la relación, y muchas veces en la fricción, entre cada uno de ellos.

La edad dorada fue la serie más vista en HBO Max en sus primeros capítulos, algo que provocó su renovación para una segunda temporada. **Claudio Sánchez**

Tribunal de menores

Juvenile Justice – Corea del Sur, 2022

Dirección: Jong-Chan Hong

Guion: Kim Min-Seok

Intérpretes: Kim Hye-Soo, Rich Ting, Anzu Lawson, Daniel Hall, Lee Jeong-Eun, Lee Sung-Min, Kim Mu-Yeol

10 capítulos de 60 min.

Jóvenes-adultos (V)

Drama judicial, Thriller

Netflix

“En Corea del Sur hay 3.300 jueces, pero solo 20 de ellos trabajan en un tribunal de menores. Esos 20 jueces juzgan a 30.000 delincuentes juveniles cada año. En el tribunal de menores puede estar presente un asistente legal, pero no un fiscal. Es el juez el que hace las preguntas a los acusados y decide si quedan en libertad condicional. En ese momento es cuando empieza realmente su trabajo”. Así, después de un comienzo impactante, es como la serie presenta la verdadera trama y a la protagonista de la narrativa: la jueza Shim.

Los tribunales de menores no existen como tales



en Corea del Sur: sus funciones corren a cargo de los juzgados de familia. Esto, que podría justificar una objeción a la serie, en realidad es solo una licencia narrativa. Lo que realmente cuenta la serie es que los menores pueden ser víctimas y verdugos con la misma crudeza, y que cada caso ha de juzgarse desde una óptica diferente.

Son tres los personajes principales: la jueza Shim (Kim Hye-Soo), el juez Cha (Kim Mu-Yeol) y el veterano juez Kang (Lee Sung-Min). Los tres actores son muy populares por su participación tanto en series como en películas surcoreanas (*El gran golpe*, *Illang: La brigada del lobo*). Curiosamente, el director de la serie, Jong-Chan Hong, se había especializado hasta ahora en registros muy distintos al de *Tribunal de menores*, como la comedia romántica o el drama familiar. Tal vez por eso la serie funciona con tanta eficacia en el retrato psicológico de los personajes, sin dejar que el morbo de los crímenes anule sus capacidades emocionales y su desarrollo personal.

La temática de esta serie ya había sido tratada otras veces en películas como la polaca *Patio de Menores* (una visión de lo más despiadada y enfermiza), o la catalana *Los niños salvajes*, que aportaba más luces, aunque no acababa de ser todo lo convincente que debería. Aquí no hay un único mensaje, pero sí una orientación clara: el entorno en el que un niño crece es crucial para entender su crecimiento en la adolescencia y los conflictos que pueden llevarle a cometer un crimen.

En esta ficción se resaltan dos de las características esenciales de este país, cada vez más occidentalizado: su máximo respeto hacia los mayores y el excesivo valor que se otorga a los estudios. Estos dos factores serán fundamentales para entender los casos que muestra la serie, y las carencias y virtudes de una sociedad que pretende utilizar el derecho para reconstruirse. **Marta Hernández**

Slow Horses

Slow Horses – Gran Bretaña, 2022

Dirección: James Hawes

Guion: Will Smith, Morwenna Banks, Mark Denton, Jonny Stockwood

Intérpretes: Gary Oldman, Chris Reilly, Jack Lowden, Rosalind Eleazar, Christopher Chung, Dustin Demri-Burns, Kristin Scott Thomas, Jonathan Pryce

6 capítulos de 45-56 min.

Adultos (D, V)

Drama, Espionaje, Thriller

Apple TV+

Las novelas del autor británico Mick Herron con Jackson Lamb como protagonista responden, desde la publicación de la primera, *Slow Horses (Caballos lentos)*: ver AcepreNSA, 21-11-2018), en 2010, al deseo de revitalizar el género del espionaje, un tanto en retroceso desde el fin de la Guerra Fría.

Jackson Lamb está al mando de una especie de delegación del servicio secreto británico MI5, la denominada “Slough House”. En esta “Casa de la Ciénaga” quedan varados aquellos agentes caídos en desgracia por algún motivo, desterrados de la central del servicio secreto por haber dejado “manchas en los anales” de este.

Apple TV+ ha adaptado la primera de las cinco novelas en una serie de seis capítulos; el guion de cinco de ellos lo firma Will Smith –el autor británico; no confundir con el célebre actor norteamericano–. La serie está dirigida en su totalidad por James Hawes. Tanto el diseño de producción (Tom Burton) como la fotografía (Danny Cohen) consiguen trasladar a imágenes la detallada descripción, con su particular atmósfera, que hace Herron en la novela. El edificio, no reconocible como filial del servicio secreto, parece una réplica irónica de la sucursal camuflada de la CIA en *Los tres días del Cóndor* (Sydney Pollack, 1975).

A pesar de que Jackson Lamb, como jefe de los “caballos lentos”, es la figura principal, la serie se narra desde la perspectiva de uno de esos agentes del MI5 relegados a la “Casa de la Ciénaga”, el joven River Cartwright; precisamente, el prólogo tanto de la novela como de la serie se dedica a narrar la misión en la que este fracasó. La definición de personajes es uno de los fuertes de la serie, si bien no es tan detallada en el caso de los demás colegas de River. Entre las actuaciones, destaca un Gary Oldman al que se ve muy cómodo en el



papel de irascible jefe que detesta a sus subordinados (“Trabajar con vosotros ha sido como para cortarse las venas”), pero que una y otra vez da muestras de ser un espía brillante; en esto recuerda a su papel de agente retirado en *El topo*. Uno de los enigmas que dan suspense a la serie estriba en saber por qué acabó en ese departamento y si eso tiene algo que ver con su particular relación con la subdirectora del MI5, que Kristin Scott

Thomas representa con particular frialdad.

A pesar de definir a todas las figuras con ciertos rasgos estrafalarios, los personajes dan sensación de cercanía y vida, e incluso causan simpatía; a ello contribuye un humor típicamente británico.

Tras la minuciosa descripción del ambiente en la “Casa de la Ciénaga”, el argumento en sí echa a rodar cuando “por fin sucede algo”, en frase de River; y es que los “caballos lentos” se ven involucrados en un caso con fuertes dosis de suspense: un grupo de extrema derecha ha secuestrado a un estudiante paquistaní al que amenazan con decapitar y transmitirlo por Internet. El reloj comienza a correr y también la historia se acelera... una historia más complicada de lo que parece a primera vista. Y de repente, en *Slow Horses* aparecen todos los elementos de un *thriller* de espías.

La segunda temporada, que adaptará el segundo tomo de Mick Herron, titulado *Dead Lions* (*Leones muertos*), ha sido filmada ya. **José M. García Pelegrín**

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO

Rafael Serrano

Director de Aceprensa

Josemaría Carabante

Jefe de la sección de libros de ensayo de Aceprensa

Álvaro Sánchez León

Periodista *freelance* especializado en entrevistas

Juan Meseguer

Redactor jefe de Aceprensa

Helena Farré Vallejo

Redactora de Aceprensa

José María Aresté

Crítico de cine. Autor del libro *La guerra del streaming. El ascenso de Netflix*

María Molina León

Directora Museo Marcatel

Adolfo Torrecilla

Jefe de la sección de crítica literaria de Aceprensa

Rafael Díaz Riera

Profesor jubilado de Lengua castellana y Literatura, y escritor

Reyes Cáceres Molinero

Periodista y escritora

Diego Pereda

Traductor y periodista

Patricio Sánchez-Jáuregui

Fotógrafo, videógrafo y escritor

Luis Ramoneda

Escritor y crítico literario

Luis Daniel González

Crítico literario especializado en libros infantiles y juveniles

Antonio R. Rubio

Escritor y analista de relaciones internacionales

Ignacio Álvarez Rodríguez

Profesor de Derecho constitucional

Cristóbal González Puga

Historiador y periodista

Ana Rodríguez de Agüero y Delgado

Profesora de Literatura

Lucas Buch

Profesor de Teología

Jerónimo José Martín

Crítico de cine y series

Ana Sánchez de la Nieta

Jefe de la sección de Cine de Aceprensa

Claudio Sánchez

Crítico de cine y televisión

Carmen Azpurgua

Crítico de cine y televisión

Daniel Núñez Hernández

Crítico de cine y televisión

Marta Hernández

Crítica de TV. Psicopedagoga

José M. García Pelegrín

Periodista y crítico de cine

Depósito Legal

M. 35.855-1984

ISSN

1135-6936

Se distribuye por suscripción.

Se pueden adquirir los derechos de reproducción mediante acuerdo por escrito con Acepresa

C/ Núñez de Balboa, 125, 6º A

28006 Madrid (España)

+34 91 235 72 38

hola@acepresa.com

Visita nuestra web

WWW.ACEPRENSA.COM



Síguenos en redes

@ACEPRENSA

Número

Nº 5 / AÑO 2022